ANTONIO PASO - VALENTIN DE PEDRO

LAS VICTIMAS DE CHEVALIER

JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS INSPIRADO EN UNA OBRA DE ANDRÉ BRUN

PRIMERA EDICIÓN: 300 ejemplares

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES. PRADO, 24.
MADRID, 1931



LAS VICTIMAS DE CHEVALIER

ANTONIO PASO - VALENTIN DE PEDRO

LAS VICTIMAS DE CHEVALIER

JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS INSPIRADO EN UNA OBRA DE ANDRÉ BRUN

Estrenada en el TEATRO ALKAZAR de Madrid la noche del 16 de diciembre de 1931

PRIMERA EDICIÓN: 300 ejemplares

MADRID
TALLERES TIPOGRÁFICOS «ARGIS»
Altamirano, 18
1932

R E P A R T O

PERSONAJES	ACTORES
AURORA TEMPRANO..	Srta. Hortensia Gelabert.
DOÑA HIPOLITA.........	» M. Victorero.
OFELIA......................	» J. Almarche.
FELISA......................	» P. Martínez.
NATI..........................	» C. Pomés.
SOLE..........................	» Nieva.
DON DAVID..............	Sr. Espantaleón.
VENTURA..................	» Gallego.
DON VENANCIO.........	» Llorens.
LUIS..........................	» Ariño.
DON JEREMIAS.........	» Gómez.

Acción: en Madrid.—Epoca: actual. Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Salón en casa de don David.—Puerta al foro, por la que se entra viniendo de la calle.—Otras dos puertas en la lateral izquierda, que comunican con habitaciones interiores, y otra en la lateral derecha, por la que se va al despacho de don David.—Muebles lujosos y confortables, como corresponden a la casa de un acaudalado hombre de negocios, cuya mujer ha hecho todo lo posible por apropiarse los gustos y refinamientos de la aristocracia.—En las paredes, especialmente en la del foro, algunos cuadros.

(Al levantarse el telón, la escena sola.—Suena el timbre de la calle.—NATI, criada joven y bonita, vestida según el último figurín de doncella de casa rica, entra por una de las puertas de la izquierda y sale por la del foro. Va a abrir a la persona que ha llamado. Al instante vuelve acompañando a FELISA, la manicura, que usa

gafas, viste con sencillez, un poco masculina, sin exageración, y trae en su mano el estuche con los utensilios de su oficio. Aparenta unos veinticinco años.

FELISA ¿Pero quién me iba a decir que la iba a encontrar a usted aquí?

NATI Estoy desde ayer por la tarde. En la otra casa no puede parar ninguna criada que tenga decencia o, por lo menos, que lo aparente.

FELISA Sí; es una casa demasiado... ¿cómo le diría yo?..., demasiado libre.

NATI No, no; eso es lo de menos; a mí el que la señora salga o no salga y que vuelva o no vuelva y que tenga o no tenga... ya me entiende usté; para mí, eso es lo de menos; al contrario, cuanto menos tiempo estén las señoras en casa, más libre está una, y yo con la señorita estaba muy contenta, me pagaba bien, de cuando en cuando me hacía mis regalitos; los que no me harán aquí, seguramente.

FELISA Entonces, ¿por qué se ha ido usted?

NATI Por el padre.

FELISA ¿Por don Venancio?

NATI (*Burlándose.*) ¡*Don* Venancio! A ese no le va bien el *don*, créame usted a mí. Con Venancio a secas tiene bastante.

FELISA Por lo que deduzco, es que la tomó con usted...

NATI Sí, señora; la tomó... unas veces con la cadera, otras con el brazo, otras con la nuca, según el momento y la ocasión.

FELISA ¿Es posible?

NATI Como no se puede usted dar una idea; señalada estoy todavía.

FELISA ¿Qué me cuenta usted?

NATI Se lo cuento y se lo enseño, si quiere.

FELISA ¡Un hombre ya maduro!

NATI — Por lo visto, quería madurarme a mí también. Y que no perdía ocasión. En la cocina, en los pasillos, en donde me encontraba, me echaba la mano, ¡y vaya mano! Yo creía que me agarraba con una llave inglesa... Así es que decidí dejar la casa, porque, vamos, conforme está ahora la situación, salir con dos o tres cardenales, es un compromiso.

(Por la primera izquierda sale DOÑA HIPOLITA. Es la dueña de la casa; de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, pero bien conservados. Viste un elegante traje de casa. Trata, con afeites y perifollos, de parecer más joven de lo que es. Debe llevar una peluca rubia, pero que deje ver algunos tonos negros para que se comprenda que es teñido.)

HIPOL. — *(Saliendo.)* ¿Quién ha venido? ¡Ah! ¿Es usted, Felisa? ¿Cómo no me ha avisado?

FELISA — Acabo de entrar.

NATI — Es que aquí la señorita me ha conocido, porque le hace las uñas también a la señora donde yo he servido antes, y, claro, al conocerme, pues se ha extrañado y me ha preguntado y yo le he contestado...

HIPOL. — Y ya has acabado. Anda, retírate y prepárame el agua caliente y las toallas; lo pones todo en la mesita del gabinete. *(Viendo que Nati titubea en irse.)* ¿Qué te pasa?

NATI — Es que quería que la señora me diese permiso para ir a recoger mi baúl a la casa donde he servido.

HIPOL. — Hoy no puede ser. Mañana, después de los quehaceres, das una escapada.

NATI — Está bien. *(Mutis por la izquierda.)*

(Cuando ya ha hecho mutis Nati, doña

Hipólita, le pregunta con ansiedad y misterio a Felisa.)

HIPOL. ¿Qué? ¿Había carta?

FELISA (*En igual tono.*) ¿Su marido?

HIPOL. Está ahí en el despacho, con el administrador.

FELISA (*Abriendo el estuche y sacando una carta que le entrega.*) Aquí la tiene usted.

HIPOL. (*Cogiéndola.*) ¡Ah!

FELISA ¿Qué le pasa?

HIPOL. No sé; no sé... Cada vez que cojo una carta suya, parece que me quema la mano.

FELISA Después de todo, hasta ahora no hay motivo para ese sobresalto.

HIPOL. Y si lo hubiese, él y sólo él tendría la culpa.

FELISA Su marido.

HIPOL. Mi marido; es decir, mi marido porque nos echaron las bendiciones; pero desde hace tiempo, de marido no puede alegar más que eso: las bendiciones. Es tal su despreocupación para conmigo, que muchas veces he llegado a sospechar si tendrá algún lío.

FELISA No lo crea usted; don David parece un hombre formal.

HIPOL. Demasiado formal para una mujer como yo, que, aunque me esté mal el decirlo, soy toda romanticismo, ilusión, fuego, fuego, sí, ¡fuego! (*Exaltándose.*)

FELISA No alce usted la voz que pueden alarmarse. Pero usted lleva veinticinco años casada.

HIPOL. ¿Y qué son veinticinco años cuando el corazón dice «quiere» y los sentidos dicen «quiere» y él no «quiere»?

FELISA Una fortuna tan grande como la de su

marido, trae en sí preocupaciones, le robará todo el tiempo.

HIPOL. ¡Su fortuna! Esa fué la primera equivocación de mi vida; por su fortuna me casaron con él, cuando yo, más que con el dinero, soñaba con lo que sueñan todas las mujeres jóvenes, con lo que sueña usted seguramente.

FELISA Yo ya no sueño; para mí la existencia es de una realidad aterradora, sobre todo desde que me quedé sin padres y tuve que agarrarme a las manos de los demás para poder sostenerme en la vida.

HIPOL. Sí; ahora recuerdo que me dijo usted que su padre perteneció a la carrera judicial.

FELISA Era ordenanza de la Audiencia; al morir él, mi madre solicitó la viudedad y se la negaron.

HIPOL. ¿No estaban casados?

FELISA El, sí... Poco después me quedé sin madre también, y gracias a una buena amiga que me puso al corriente en esto de hacer las uñas, saco para ir tirando. Pero ¿no lee usted la carta?

HIPOL. Estoy deseándolo y no me atrevo. Créame, Felisa: hay momentos en que me arrepiento de todo y hasta maldigo el día que leí *El Liberal*.

FELISA ¡Ah! ¿Fué en *El Liberal*?

HIPOL. Sí; ¿no se lo he dicho a usted? Una mañana se me ocurrió leer los anuncios especiales que vienen en cuarta plana y me tropecé con uno que decía: «Caballero sentimental, desea relacionarse con señora de las mismas condiciones que no haya tenido suerte en la vida. Contestar: Lista de Correos. Billete de cincuenta pesetas, sin estampillar, número

siete millones setecientos setenta mil setecientos setenta y siete.

FELISA ¡Siete sietes!

HIPOL. Siete.

FELISA ¡Qué desastre!

HIPOL. Desastre, sí; porque tuve la debilidad de escribirle diciéndole que yo estaba en esas condiciones e interesándole que me contestase también a la Lista de Correos, billete de mil pesetas, número 28...

FELISA Pocos hay.

HIPOL. Y me contestó diciéndome que entre la infinidad de cartas que había recibido, se decidía por la mía, porque había encontrado en ella algo que le atraía profundamente.

FELISA Quizá fuesen las señas.

HIPOL. Y desde entonces, usted lo sabe, un día sí y otro no, carta de él, carta mía, carta va y viene; y a todo esto, sin conocernos. ¿Será rubio? ¿Será moreno? ¿Será alto? ¿Será bajo?...

FELISA Alguien llega.

HIPOL. Será mi marido. Vámonos al gabinete y allí, mientras me hace las uñas, seguiremos hablando. Usted es la única persona que conoce mi secreto.

FELISA Por mí puede usted estar tranquila; me confían muchos secretos y sé guardarlos.

HIPOL. No sabe usted qué consuelo es para mí; esto de ser una romántica y que no lo sepa nadie, es terrible.

(Hacen mutis las dos por la primera izquierda. Por la primera derecha salen DON DAVID, de unos cincuenta años, de batín. Le sigue JEREMIAS, próximamente de la misma edad; viste con relativa modestia, usa unas grandes gafas y empieza a quedarse calvo.)

DAVID Bueno, bueno, basta; por hoy déjeme usted de casas y de albañiles y de estuquistas. Esto de tener inquilinos es bastante molesto. Se imaginan que si un pobre casero tiene casa no es para recibir las rentas, sino para andar a todas horas haciendo obras.

JEREM. Es que le falta a usted por conocer lo más urgente, lo más apremiante. Tiene que decirme qué hago con doña Aurora Temprano.

DAVID ¿Aurora Temprano?

JEREM. La inquilina del primer piso de la casa del paseo de Rosales.

DAVID Ah, sí; ahora recuerdo. Es una señora de conducta dudosa.

JEREM. ¡Qué dudosa! No ofrece dudas. Al menos, los informes de los demás inquilinos...

DAVID ¿Es indeseable?...

JEREM. Como mujer, no me atrevería yo a jurarlo; ahora, como inquilina...

DAVID (*Sentándose.*) Lo de mujer no me importa; lo de inquilina, ¿qué pasa? ¿Da escándalos?

JEREM. Vive al revés.

DAVID ¿Qué manera de vivir es esa?

JEREM. Quiero decir que se levanta cuando todo el mundo se acuesta, almuerza cuando todo el mundo cena...

DAVID ¿Y qué tiene que ver todo el mundo con eso? Será una costumbre suya.

JEREM. Es que molesta a los que quieren vivir tranquilos. Toca la pianola a las tres de la madrugada; a veces suele cantar a voz en grito unas canciones que se escandaliza hasta el sereno.

DAVID ¿Trabaja en Martín?

JEREM. Yo no sé dónde trabajará, pero la se-

mana pasada, salió al balcón en traje de baño.

DAVID ¿Es posible?

JEREM. Usted no sabe lo que sentí no verla... para afearle su conducta. Además, tiene un mono que es una fiera terrible. Yo siempre que voy encargo antes de que me abran que lo encierren, porque a los hombres les tiene una rabia espantosa. Ya una vez intentó saltar sobre mí. Un día se le escapó y tuvo al vecindario aterrorizado hasta que lo cogieron.

DAVID ¿Y qué más tiene?

JEREM. Tiene dos recibos sin pagar.

DAVID Eso me molesta más que el mono.

JEREM. Y he pensado, si usted me autoriza, plantarla en la calle.

DAVID Ah, desde luego. ¿Con quién vive esa pájara? ¿Es soltera? ¿Casada?

JEREM. Eso no creo que lo sepa ni ella misma. Vivir, vive con su padre.

DAVID ¿Y su padre la deja que salga al balcón en traje de baño?

JEREM. Su padre es un tipo... ¿cómo le diría yo a usted?... Todo lo que ella tiene de *sic* él lo tiene de *noc*... Quiere aparentarlo, pero no puede. Como al león de la fábula, se le ve la oreja. El portero me ha dicho que es una víctima de la Dictadura.

DAVID ¡Hola!

JEREM. Sí, porque era *grupié*.

DAVID Pues nada, nada, a la calle.

JEREM. Y referente a lo de su hijo, ¿recojo las letras o dejo que las protesten? Mi opinión es que se deben recoger.

DAVID Para que vuelva a pedir otras dos mil pesetas, y él aceptando letras y yo pagándolas...

JEREM. Claro que no está bien; pero usted se puede permitir ese lujo.

DAVID Desde hace poco tiempo gasta mucho más de lo que le tengo asignado; a su pobre madre sé que la tiene frita a peticiones, y por si fuese poco, ya ve usted lo que hace, recurrir a la usura; y luego dice que es poeta, que es hombre de letras. De letras, sí; pero de letras que él firma y yo pago.

JEREM. Llámele usted al orden.

DAVID ¡Y tanto que le voy a llamar! (*Toca el timbre y aparece Nati.*)

NATI ¿Llamaba el señor?

DAVID ¿Se ha levantado ya el señorito Ventura?

NATI Hace mucho tiempo.

DAVID ¿Y qué hace?

NATI Está escribiendo.

JEREM. La musa que le habrá soplado...

DAVID Pues dile de mi parte que venga en seguida.

NATI Está bien. (*Mutis.*)

DAVID Me va a oír.

JEREM. Tenga usted en cuenta que es joven, y la juventud...

DAVID ¡La juventud! ¡La juventud! Yo también he sido joven y nunca me gasté el dinero de mis padres.

JEREM. Quizá el muchacho tenga alguna pasioncilla, algún lío...

DAVID ¡Era lo que faltaba, que tuviese un trapicheo! Yo, hasta el día que me casé con Hipólita, no supe lo que era gastarme el dinero con las mujeres...

JEREM. ¿No conoció usted a ninguna?

DAVID A varias; pero no las daba un cuarto. O hay juventud o no la hay.

JEREM. ¡Ah! Es que aquéllos eran otros tiempos.

NATI (*Desde la puerta de la izquierda.*) El se-

ñorito, que lo dispense unos momentos. que está acabando una madriguera.

DAVID ¿Una madriguera?

JEREM. ¡Un madrigal, te habrá dicho!

NATI Eso, sí; madrigal; y que en seguida viene.

DAVID Está bien. (*Nati hace mutis.*) Ya oye usted, haciendo ovillejos.

JEREM. (*Suspirando.*) Si ama, es muy natural.

DAVID. ¡Pero qué manía tiene usted de defenderle!

JEREM. Le defiendo, mi respetable don David, porque yo soy un romántico, un sentimental. Para mí no hay pecado de amor que no merezca la absolución.

DAVID ¿Qué me cuenta usted?

JEREM. El Evangelio. Aquí donde usted me ve, soy todo romanticismo, ilusión, fuego... Sí, señor; ¡fuego, fuego!...

DAVID No alce usted la voz, no crean otra cosa.

JEREM. Sí; es verdad; perdone.

DAVID ¿De modo que usted, a su edad...?

JEREM. El amor no conoce edades.

DAVID ¿A que va a resultar que tiene usted también algún lío?

JEREM. (*Después de mirar a todos lados.*) Pues bien, mi venerado don David, sí; estoy enamoradísimo; sé que se va usted a reír de mí, pero lo estoy.

DAVID ¿De quién?

JEREM. De una mujer deliciosa, inteligente, fina; una sentimental, una romántica...

DAVID ¿Pero quién es?

JEREM. No lo sé; aún no la he visto; aún no la he hablado.

DAVID ¿Me va usted a tomar el pelo?

JEREM. ¡Oh, por Dios! Me explicaré. Hace unos meses leí una mañana en *El Liberal* un anuncio de esos de cuarta plana que decía: «Amor mío, no te olvides nunca de tu

Jota», y al número siguiente le contestaba: «¿Olvidarme yo de mi Jota? ¡Ca!» Entonces se reveló todo mi sentimentalismo y, cogiendo un papel, escribí y puse el siguiente anuncio: «Caballero sentimental desea relacionarse con señora de las mismas condiciones que no haya tenido suerte en la vida. Contestad: Lista de Correos. Billete de cincuenta pesetas, sin estampillar, número, etc., etc.»

DAVID ¡Es curioso! ¿Y recibió usted contestación?

JEREM. Recibí dos mil y pico de cartas. ¡Parece imposible la cantidad de señoras que no han tenido suerte en estos últimos tiempos!

DAVID ¿Y se cartea usted con todas?

JEREM. Me carteo con una sola, una que elegí y a la que no conozco aún. ¿Cómo será? ¿Será joven? ¿Será rubia? ¿Será morena?

DAVID Que vienen.

JEREM. Será su hijo.

(*Por la primera izquierda sale VENTURA, joven de unos veintitrés años. Saca una cuartilla en la mano que lee con cierta afectación.*)

VENTU. (*Leyendo.*)

«Pues bien, yo necesito decirte que te [quiero,
decirte que te adoro con todo el corazón,
que es mucho lo que sufro, que es mucho [lo que lloro.
Que ya no puedo tanto, y el llanto en que [te imploro,
te imploro y te hablo en nombre de mi [última ilusión.»

Esto me está saliendo superior. Soy un

poeta como una casa, porque hay que ver lo que se me ocurre.

JEREM. ¿Pero eso se le ha ocurrido a usted?

VENTU. Hace un momento.

DAVID ¿Te ha soplado la musa?

VENTU. Me ha soplado de un modo que por poco me derriba.

DAVID Pues la musa no te habrá derribado, pero yo creo que sí.

VENTU. Esos son otros vientos.

DAVID Mira, hijo mío, a mí me molesta enormemente que en vez de dedicarte a los negocios, como se dedicó tu abuelo y como me dedico yo, pierdas el tiempo haciendo de poeta.

VENTU. El poeta nace, pero no se hace.

DAVID No se hace cargo de que pierde el tiempo.

VENTU. Si vas a persistir en tu actitud de enemigo de la república de las letras...

DAVID De la República, no; de las letras, sí: de las letras que has aceptado y que yo tengo que pagar.

VENTU. ¡Ah! Pero ¿se ha enterado? (*A Jeremías.*)

JEREM. Necesario. Vencen mañana.

DAVID Y eso es lo que quiero que me expliques Desde hace unos meses no te basta el dinero que te doy yo, el que sacas a tu madre, que encima te entrampas. ¿Qué razón hay para esto, a qué obedece este despilfarro?

VENTU. Una sola palabra: ¡Amo!

JEREM. ¿No se lo dije a usted? ¡Ama!

DAVID ¿Y de qué género es esa mujer que así te hace gastar el dinero?

VENTU Para un poeta las mujeres no tienen género. ¿Qué importa que sea una doncella o una cortesana, una princesa o una taquimeca? ¡Eso puede interesarle a un

burgués, pero no a un poeta. Es una mujer, y basta.

DAVID Pero yo soy tu padre y tengo derecho a saber con quién te gastas mis cuartos.

VENTU. ¡Ah! ¿Tú deseas...?

DAVID. Que me hables claro. ¿Qué es ella?

VENTU. No lo sé.

DAVID ¿Cómo se llama?

VENTU. Lo ignoro.

DAVID ¿Dónde vive?

VENTU. Tampoco lo sé.

DAVID (*A Jeremías.*) ¿A que es otro anuncio?

JEREM. Quizá sea un sueño.

VENTU. ¡Sí, sí, sueño! ¡Menuda realidad y menuda mujer! La vi por vez primera cruzar por la calle de Alcalá, de Peligros a Sevilla; me miró, la miré; me sonrió, la sonreí; se paró, me paré; volvió a andar, la seguí...

DAVID Si iba muy lejos, suprime el itinerario.

VENTU. Al contrario, se metió en el cabaret del Alkázar.

DAVID ¡Ah, vamos, alguna tanguista!

VENTU. Eso me creí yo; pero no lo era. Entró de espectadora, ocupó una mesa; yo me senté en otra no muy distante, y le encargué al camarero que no le cobrase la consumición; ella debió darse cuenta, porque llamó a unas amigas y las convidó.

JEREM. ¡Qué rasgo de delicadeza!

VENTU. A la noche siguiente volví al cabaret, y allí estaba ella en la misma mesa, con sus amigas y con su padre. Le hice la misma indicación al camarero y a la otra noche volví a encontrarle en el mismo sitio con sus amigas, con su padre y con unos amigos de su padre.

DAVID Total...

lo que se dice un esclavo del deber. Y oye mi determinación: (*A Jeremías.*) Usted vaya inmediatamente y recoja esas letras, y le dice usted al usurero que en lo sucesivo no pagaré ninguna más, y a ti, desde este mes, en vez de las cuatrocientas pesetas que te daba para tus gastos, sólo percibirás doscientas. Ya lo sabe usted, amigo Jeremías, ni un céntimo más.

JEREM. (*Suplicante.*) Tenga usted en cuenta que el muchacho es un sentimental...

DAVID El muchacho lo que es es un primo; y basta; vaya usted a eso que le he encargado.

JEREM. Está bien. (*Haciendo mutis por el foro.*) De paso, me llegaré a la Lista de Correos, por si tengo carta.

(*Cuando ha hecho mutis Jeremías, sale por la izquierda Hipólita.*)

HIPOL. A propósito, David: tenía que darte una buena noticia.

DAVID Será la primera que reciba hoy.

HIPOL. (*Con amargura.*) Siempre lo mismo; siempre hosco, siempre tosco, siempre fosco...

VENTU. ¡Anda, mi madre haciéndome la competencia!

DAVID Bueno, ¿qué noticia es esa?

HIPOL. Pues que he tenido carta de mi hermano Federico.

DAVID ¿Y qué tal le sienta el clima de Fernando Póo?

HIPOL. Hasta ahora, dice que se va defendiendo y que el negocio que sabes que llevaba se le presenta muy bien; el pobre te está agradecido, hasta el extremo que me anuncia que te envía un regalo que te gustará muchísimo.

VENTU. Novecientas y pico de pesetas.
DAVID Bueno, ¿pero no te acercaste, no la hablaste? Porque para eso pagaste...
VENTU. Nada; nuestro amor se alimenta todavía de miradas; eso sí, me mira de un modo, sobre todo cuando pide algo... La otra noche me miró como si quisiera comerme.
DAVID ¿Y qué pidió?
VENTU. Un pollo.
DAVID Yo que tú le compraba unas gafas.
JEREM. Bueno, ¿pero no se han cruzado ni una mala carta?
VENTU. Nada. Versos, versos que se me ocurren al mirarla. Anteanoche entró sonriente y como tiene una boca preciosa, se me ocurrió un madrigal, y se lo envié con el camarero; un madrigal que decía:

«Son tus labios un rubí
por gala partido en dos,
arrancado para ti
de la corona de Dios.»

JEREM. ¿Pero eso se le ocurrió a usted?
VENTU. A mí. Fué una cosa fulminante.
DAVID Bueno, pues es preciso que ese idilio visual se termine, porque estoy temiendo que una noche, además de ir con sus amigas y con su padre y con los amigos del padre, se va a presentar con la Unión General de Trabajadores, y voy a tener que vender una finca para pagar la cuenta. Créeme, hijo mío; toma ejemplo de mí; yo he sido siempre un hombre modelo, un esclavo de mi deber, tu madre puede decírtelo; jamás ha tenido necesidad de reprocharme, no ya una infidelidad, sino el más inocente flirteo;

DAVID Menos mal.

HIPOL. Dice que llegará con la carta, pero que no nos dice lo que es para no quitarnos la sorpresa.

VENTU. A ver si manda un bubi.

(*Momentos antes ha sonado el timbre de la puerta, y Nati ha cruzado la escena en dirección a la puerta del foro, figurando que va a abrir, y aparece anunciando.*)

NATI La señorita Ofelia.

DAVID ¿A qué vendrá nuestra hija? ¿La esperabas tú?

HIPOL. No.

VENTU. Puede que venga a buscar a su marido.

(*Por el foro entra agitadísima, nerviosa, OFELIA, joven, guapa, hija de los dueños de la casa. Desde el foro se quita de un tirón el sombrero, que tirará sobre una silla.*)

OFELIA ¿No está mi marido? ¿No ha venido mi marido? ¿Sabéis algo de mi marido?

VENTU. Sabemos lo que todo el mundo sabe: que es tu marido y que es marqués de la Fuentecilla.

OFELIA (*Más nerviosa aún.*) ¡Marqués, marqués! Lo que es, es un infame, un perjuro...

DAVID ¿Pero qué te ha pasado?

HIPOL. Habla, por Dios, hija.

OFELIA ¿Pero no lo veis? ¿Pero no lo comprendéis? ¿Por qué puede estar así una mujer más que porque su marido la engaña?

VENTU. ¡Atiza!

HIPOL. ¿Que tu marido...? No; no es posible.

OFELIA ¡Sí, mamá, sí!

DAVID ¿Pero le has sorprendido...?

OFELIA No le he sorprendido, pero le sorprenderé.

HIPOL. Entonces, ¿es que tiene alguna amante?

OFELIA — No lo sé, pero lo sabré.

DAVID — Seguramente es que alguien te ha dicho...

VENTU. — (*Imitándola.*) No se lo han dicho, pero se lo dirán.

OFELIA — ¡Mira, Ventura, no te burles de mi desgracia! ¡Esto es horrible, horrible! (*Solloza.*)

DAVID — Pero, hija, explícate de una vez.

HIPOL. — Sí; anda, siéntate y tranquilízate, y habla. ¿Desde cuándo sospechas de Luis?

OFELIA — Desde anteayer, que fuí a comprar *Un jour viendrá* y *Una nuit llegó,* que ya sabéis que es el perfume y la crema que yo gasto. Bueno, pues en la perfumería había una señora que hablaba con otra a propósito de una amiga a la que había abandonado su marido, y discutía si se había ido con otra o se había ido solo, y le oí estas palabras, fijarse bien: «Cuando un hombre levanta el vuelo, siempre es con una mujer.» Escucharla y darme cuenta de la inmensa tragedia de que soy víctima, todo fué uno.

DAVID — No comprendo.

OFELIA — Pues está clarísimo, como la luz del día. Ya sabéis que Luis, desde hace tres meses, no hace más que volar; le ha entrado tal afición por la Aeronáutica, que se pasa la vida en el aire.

VENTU. — (*Aparte.*) ¡Es un águila!

OFELIA — Antes oía el ruido del motor de un aeroplano y se ponía nervioso; ya recordaréis que cuando fuimos a Barcelona recién casados, se negó a llevarme en el avión, y siempre constantemente no hacía más que decir, refiriéndose a los aviadores: «¡Pero qué locos! Con lo seguro que se va por la calle...»

VENTU. — Según por la que sea.

OFELIA Y, de pronto, de la noche a la mañana, se le despierta la afición de volar, me dice que se va a hacer piloto aviador y un día a Cuatro Vientos y otro día a Getafe y otro a Guadalajara, y así toda la semana, porque es que no descansa ni los domingos (*Aterrada.*), y lo peor es que me ha anunciado que va a volar también por la noche.

HIPOL. ¿Pero hay alguien que vuele por la noche?

VENTU. Los murciélagos.

OFELIA Ya comprenderéis que mis sospechas tienen fundamento: cuando un hombre levanta el vuelo, siempre es con una mujer.

DAVID Y menos mal que, hasta ahora, han sido vuelos cortos.

OFELIA ¡Ah, pero yo me enteraré, lo seguiré, lo espiaré, y como sea verdad, como sea verdad, el aterrizaje va a ser sangriento.

DAVID Nada, nada; tú no tienes que hacer nada. Yo hablaré con tu marido, yo le exigiré que me diga toda la verdad, y si tus sospechas saliesen ciertas, yo mismo te indicaré el camino a seguir. Afortunadamente, ahora tenemos el divorcio.

OFELIA ¿Pero tú crees que te dirá la verdad?

DAVID Estoy seguro; a mí no se me puede engañar. Yo soy un hombre serio, un esclavo de mi deber; yo, desde que me casé, no he dicho a otra mujer «buenos ojos tienes».

HIPOL. Y que se lo dijeses, porque te arrancaba la lengua.

NATI (*Anunciando desde el foro.*) El señorito Luis.

DAVID En mejor ocasión... Dejadme solo con él.

OFELIA No te encargo nada, papá.

DAVID Dentro de poco sabrás toda la verdad.

HIPOL. Sí, sí; vamos, hijos, y a ver cómo resuelve vuestro padre eso del piloto.

VENTU. Lo resuelve volando; ya lo verá usted. (*Salen todos por la izquierda. Por el foro entra LUIS: es el galán.*)

LUIS (*Entrando.*) Buenos días, querido suegro. ¿Está aquí mi mujer? ¡En casa no estaba, y he supuesto...!

DAVID Está y no está.

LUIS Entonces, es que está.

DAVID (*Decidiéndose.*) Querido yerno, ¿cómo van esos vuelos?

LUIS ¿Qué vuelos? ¡Ah, sí, mis vuelos!... Muy bien; ya subo hasta dos mil metros y planeo y voy de costado, y dentro de poco rizaré el rizo.

DAVID ¿El rizo de quién?

LUIS ¿Qué quiere usted decir?

DAVID Querido marqués, yo no soy hombre de medias palabras. Lo que tengo que decir lo digo, sin ambages ni rodeos.

LUIS Así soy yo también.

DAVID Pues entonces, al grano. Usted no ha subido esos metros que dice.

LUIS No, señor.

DAVID Usted no sabe planear.

LUIS No, señor.

DAVID Es decir, sí sabe usted planear, pero son embustes para engañar a su mujer.

LUIS ¿Qué quiere usted decirme con eso? ¿Que tengo una amante?

DAVID No es mi intención llegar a tanto.

LUIS Pues, sí, señor; la tengo.

DAVID ¿Que la tiene? ¿Y me lo dice a mí? ¿A su suegro?

LUIS No querrá usted que se lo diga a ella.

DAVID A ella no es necesario, porque ella ya sabe...

LUIS (*Inquieto y sin dejarle acabar.*) ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Mi Ofelia sabe...?

DAVID Saber, lo que se llama saber, no sabe nada, pero está escamadísima.

LUIS Sí, claro; son demasiados vuelos.

DAVID Demasiados. Ha podido usted dar la vuelta al mundo.

LUIS Pues bien, estamos entre hombres y a usted no tengo por qué ocultarle nada; usted, al fin y al cabo, comprende lo que es la vida...

DAVID Perdone; yo comprendo lo que es la vida, pero lo que no comprendo es eso de estar casado y tener una amante. A mí nunca se me ha ocurrido, y si se me ocurriese, me colgaría antes de un árbol.

LUIS Se aplica usted una severidad excesiva.

DAVID Nunca es excesiva para un hombre como yo, esclavo de su deber. Usted tiene una mujer que, no es porque sea mi hija, pero me parece que está bien.

LUIS Está superior.

DAVID Tiene juventud, tiene educación, tiene un padre con dinero, no sabe francés, ni tocar el piano. A ver qué más ventajas quiere usted.

LUIS Le repito a usted que Ofelia es encantadora y que una separación no la podría resistir.

DAVID Entonces, no me explico...

LUIS No se lo explica porque la vida de usted ha ido y va por otros cauces. Comprendo que he hecho mal y no trato de justificarme. Una locura, un momento de alucinación, unos ojos que nos miran, unas manos que nos estrechan, unas caderas que se alejan rimando un paso menudito...

DAVID Usted, que las sigue...

LUIS — Sí, señor.

DAVID — Y usted que las mata.

LUIS — No, no señor; en estos casos, son ellas las que matan a uno.

DAVID — Pues bien; vamos a ver si llegamos a un acuerdo.

LUIS — Hable usted.

DAVID — Usted me garantiza, bajo su palabra de honor, que esos ojos y esas manos y esas caderas, etc., etc., dejan de mirar, estrechar, rimar, etc., etc., también a usted... Si me lo garantiza, yo me encargo de desvanecer las sospechas de mi hija.

LUIS — Para mí esa solución es la vida, pero...

DAVID — ¿Qué? Hable usted con entera confianza. ¿Acaso lo que no ha querido la fortuna concederle a su esposa se lo ha concedido a esa desgraciada?

LUIS — ¡No, por Dios; nunca!

DAVID — Me tranquilizo. Entonces, ¿cuál es la causa de su indecisión?

LUIS — Es que yo no puedo dejar a esa mujer sin hacerle un presente; esto haría menos dolorosa la separación, evitaría seguramente un escándalo...

DAVID — ¡Ah, vamos! ¿Se trata de unas pesetas?

LUIS — Sí, señor; yo estoy buscándolas precisamente.

DAVID — Sí; ya he sabido por mi administrador que andaba usted en esos trances. Mal camino, querido yerno, pero en fin, como la tranquilidad de mi hija es mi tranquilidad, yo estoy dispuesto a dárselas, siempre que me cumpla usted, como le he exigido, su palabra.

LUIS — Puede usted estar tranquilo; además, ella no me conoce por mi nombre, para ella me llamo Lorenzo, y tengo mi familia en Bilbao.

DAVID ¿Y por qué la ha situado usted allí?

LUIS Porque como los bilbaínos tienen fama de ricos...

DAVID No está mal el truco. ¿Y qué cantidad necesita usted?

LUIS Cinco mil pesetas.

DAVID ¿Cinco mil pesetas?

LUIS Tenga usted en cuenta que voy a dejar el aeroplano para siempre.

DAVID Pues entre aquí al despacho; le extenderé un cheque, y como vuelva a coger, aunque sea una avioneta, tenemos un disgusto.

LUIS Le he dado mi palabra.

(*Entran en la derecha. Ha sonado el timbre y Nati cruza y va al foro a abrir. Un momento después, y casi al volver a salir por el foro, da un grito y se lleva la mano a la cadera. Seguidamente aparece VENANCIO, de unos cincuenta años, tipo madrileño, pero sin exagerarlo, acompañado de AURORA, joven, guapa y elegante.*)

NATI (*Saliendo.*) ¡Ay!

VENAN. (*A Aurora.*) ¿Te has fijado? Es la Nati.

AURORA Sí; pero ten en cuenta que ya no está en casa.

VENAN. Pero si ha sío que me he tropezao...

AURORA Sí; ya conozco tus tropiezos...

NATI Y yo también; ya tengo cardenal para una semana.

VENAN. Estas criás de hoy son de mantequilla.

AURORA Bueno, a lo que importa; avisa a tu señor, que deseamos hablar con él.

NATI Ahora mismo. (*Se dirige a la derecha con la mano en la cadera y diciendo.*) ¡Qué tío, qué dedos para cascar nueces! (*Por la segunda izquierda sale Ventura, hace ademán de dirigirse a la primera*

izquierda, y se queda sorprendido al ver a Aurora.)

VENTU. (*Saliendo.*) Voy a ver si se me ocurre... ¡Eh! ¿Qué veo? ¡Ella! ¡Ella y su padre!

AURORA ¡Ah, mira papá! ¿No es éste el joven del Cabaret del Alkázar?

VENAN. Si no es él, es un calco.

VENTU. (*Con cierta cortedad.*) Sí, sí, señores; soy yo.

AURORA ¡Qué encuentro más feliz!

(*Vuelve a salir Nati, y dice.*)

NATI El señor, que tenga la amabilidad de esperarse, que ahora saldrá.

AURORA No tenemos prisa.

NATI (*A Ventura.*) ¿El señorito quiere algo?...

VENTU. No; nada.

(*Nati hace mutis por la izquierda.*)

AURORA ¿El señorito? ¿Por lo visto usted vive aquí o es pariente de los dueños?

VENTU. Soy hijo.

AURORA ¿Cómo? ¿Hijo de don David Mendicuti?

VENTU. Sí, señorita: Ventura Mendicuti, para servir a usted.

AURORA ¿Oyes, papá?

VENAN. (*Que estaba en el foro mirando los cuadros.*) ¿Qué pasa?

AURORA Aquí, el joven, que resulta que es hijo de don David.

VENAN. Qué cosas, ¿eh? ¿Quién se lo iba a figurar?

AURORA (*Presentándole a Venancio.*) Mi padre.

VENTU. (*Tendiéndole la mano.*) Tanto gusto.

AURORA (*Por Ventura.*) El hijo del padre de él.

VENTU. ¡Vaya, vaya, hijo de nuestro casero! Pero háganme el favor de sentarse...

(*Se sientan. Aurora, en el centro; Venancio, a la derecha, muy cerca de ella, y Ventura a la izquierda, algo más retirado.*)

AURORA (*Muy mimosa al hablar.*) ¿De modo que usted es el de los versos?...

VENTU. (*Entontecido por la presencia de ella.*) Sí... Yo...

VENAN. ¿Y usted es el que se toma la molestia de pagar lo que consumimos?...

VENTU. Sí... Yo...

AURORA ¿De modo que poeta?

VENTU. Sí... Yo... (*Aparte.*) Si yo me atreviese...

AURORA A mí la poesía me encanta, y los poetas me parecen seres ideales.

VENTU. Muchas gracias.

AURORA (*Le indica que acerque la silla a su lado, y Ventura lo hace.*) ¿Va usted a ir por el Cabaret esta noche?

VENTU. No sé...

VENAN. Sí, hombre, sí; vaya usted. Precisamente esta noche, además de mi chica y sus amigas y yo y mis amigos, pienso llevar a la Directiva del Comité de mi distrito, pa que se solace un rato; total, no son más que quince o veinte.

VENTU. Muy pocos.

VENAN. Ocuparemos cuatro o cinco mesas.

VENTU. Muy pocas.

AURORA ¿No faltará usted, verdad?

VENTU. Pidiéndomelo usted...

VENAN. No, no; eso no basta; hazle que empeñe su palabra.

AURORA No seas exagerado, papá. ¿Para qué tiene que empeñar nada?...

VENTU. Su padre tiene razón: para ir tengo que empeñar..., quiero decir obligarme.

AURORA (*Más mimosa aún.*) Ah, pues siendo así, queda usted en deuda con nosotros.

VENTU. Con ustedes, ahora, (*Aparte.*) y, después, con el camarero.

AURORA ¡Ah, pero esta noche se sentará usted a mi lado!

VENTU. Eso sería demasiada felicidad para mí.
AURORA ¿Por qué?
VENTU. Por... por...
AURORA (*Bajo, a Venancio.*) Distráete, papá. (*Venancio se levanta y, silbando un aire popular, se va al foro y se pone a examinar los cuadros.*) ¿De modo que para usted es una felicidad estar a mi lado?
VENTU. (*Animándose un poco.*) Arrolladora, avasalladora, sí, señora.
AURORA ¿Y por qué no me ha hablado usted? ¿Por qué no me lo ha dicho?
VENTU. No me he atrevido.
AURORA No hay que ser tan tímido.
VENTU. Todos los poetas somos así.
AURORA ¿Por qué no va usted a verme a casa?
VENTU. ¡Yo a su casa!
AURORA Sí; a mi casa que es la suya, puesto que es de su padre... Paseo de Rosales, 37. ¡Me sería tan agradable recibir su visita...! Si va, no lo haga antes de las dos; desde esa hora en adelante, es cuando estoy visible. ¿Qué? ¿Le espero?
VENTU. ¿Pero de veras que usted...?
AURORA Vamos, hombre, no sea tan pusilánime...
VENTU. (*Decidiéndose.*) Pues bien, iré; iré, aunque no sea más que para recitarle una poesía que se me está ocurriendo ahora mismo: cuando la he visto, cuando me ha mirado...
AURORA Ya me tiene usted nerviosa por oírla.
VENTU. (*Levantándose, nervioso.*) Sí, sí; iré. Y, ahora, me voy, no vaya a salir mi padre.
AURORA (*Tendiéndole la mano para que se la bese.*) No olvide usted la hora.
VENTU. (*Besándole la mano.*) ¡Qué he de olvidar!
AURORA Por lo menos, a las dos.
VENTU. (*Cogiéndole la otra mano y besándolas simultáneamente.*) Sí, señora, sí; por lo

menos a las dos, a las dos... Y de ahí en adelante. (*Después de besarle efusivamente las manos, huye hacia la primera izquierda, y, al entrar, dice.*) ¡La he visto! ¡Me ha misado! ¡Acorredme, genios de la poesía! ¡Homero! ¡Dante! ¡Luis de Tapia!... (*Hace mutis primera izquierda.*)

VENAN. (*Bajando hasta ella.*) ¿Qué?

AURORA Un poco tímido, pero muy simpático.

VENAN. Aquí, lo malo es que es poeta.

AURORA Pero su padre es propietario.

(*Por la derecha sale don David.*)

DAVID (*Saliendo.*) Ustedes me perdonarán...

VENAN. Por perdonado, ¿verdad? (*A su hija.*)

AURORA Por Dios, el que tiene que perdonarnos es usted; hemos venido a molestarle, a robarle el tiempo, con las ocupaciones que usted tendrá...

DAVID ¿Pero por qué se han levantado?... Háganme el favor... (*Indicándoles que se sienten; lo hacen, quedando ahora David en la derecha, ella en el centro y Venancio en la izquierda.*) Ustedes dirán.

AURORA Aquí, el señor, es mi padre.

VENAN. Venancio Temprano, pa lo que usted guste mandar.

AURORA Somos los inquilinos del entresuelo derecha del 37 del paseo de Rosales.

DAVID ¡Ah, sí! Ahora recuerdo que mi administrador... ¿Usted es la del orangután, verdad?

AURORA ¡Por Dios! ¿Qué dice usted? ¡Orangután! Es un mono, un mono, más bien pequeño; un mono... ¿cómo le diría yo a usted?..., un mono muy mono.

DAVID Sí; pero tiene aterrorizados a los inquilinos.

VENAN. ¿Te parece qué calumnia?

AURORA ¡Pero si es un bendito! Lo que sucede es que cuando va a cambiar el tiempo o hay tempestad, se pone muy nervioso y suele abalanzarse, sobre todo a los hombres.

VENAN. Pero encerrándolo como se le encierra, no hay caso.

DAVID Bueno, ¿y lo de la pianola?

VENAN. Ah, ¿también le han venido a usted con el cuento de la pianola?

DAVID Se quejan los inquilinos de que la toca a altas horas de la noche.

VENAN. Porque se lo recetó el médico.

DAVID ¿El médico?

VENAN. Sí, señor; mi hija hace tiempo sufrió un gran disgusto...

AURORA (*Suspirando.*) Cosas del corazón.

VENAN. Ha salido a mí, que soy un sentimental... Se dejó ganar el corazón por un pollo bien, y cuando estaba más colada...

DAVID La dejó.

AURORA Eso hubiera sido lo de menos.

DAVID ¿Se casó con otra?

AURORA (*Casi con rubor.*) No, señor; me vendió los muebles del comedor.

DAVID ¡Oh!

VENAN. Un comedor de fines del siglo XIII, ya entrao el XIV.

DAVID Sí que es lamentable.

VENAN. ¡Y claro! Esta pobre enfermó; los médicos no le acertaban. Unos decían que si el mar, otros que si la sierra, unos que si el Mediodía, otros que si el Norte, hasta que me lié la manta a la cabeza y me la llevé a Palermo.

DAVID ¿A Italia, eh?

VENAN. A Palermo, al cabaret, a que se distrajese; porque ésta, de lo que más padece, es de insomnios, por eso, como no duer-

me... pues se tié que entretener con algo y toca la pianola.

DAVID ¡Pero a las tres de la madrugada!...

AURORA El arte no tiene hora. ¿Hay nada más bello que la encantadora suavidad de un nocturno de Chopin en el silencio de la noche?...

DAVID Bueno, bueno; todo eso es, hasta cierto punto, disculpable; pero ustedes deben dos meses de alquiler, y nosotros los caseros estamos acostumbrados a la galantería de que nos paguen al presentar el recibo.

AURORA ¿Y por una mezquina cuestión de dinero va usted a causarnos la molestia de una mudanza?... Dos meses de alquiler es una cosa que si no se paga hoy se paga mañana, o después...

VENAN. Ahora, en la mitad de España, no se pagan.

DAVID Sin embargo, yo no puedo retirar la orden que he dado a mi administrador.

AURORA (*Que durante todo este diálogo, dándose cuenta de que don David la mira con cierto interés, ha tratado de hacer valer sus encantos, adelantando el pie, subiéndose un poco la falda, tomando actitudes, etcétera, etc., le dice con una voz llena de mimo.*) ¿Y si yo se lo pidiese?

DAVID (*Empezando a dejarse querer.*) ¿Cómo?

AURORA (*Aparte, a Venancio.*) Distráete, papá... (*Venancio se levanta, y volviendo a silbar, se va al foro a examinar los cuadros.*) Si yo le dijese que le he tomado cariño a aquella casa; a aquellas paredes mandadas construir por un hombre de espíritu, por un hombre de corazón como usted...

DAVID No; yo se la compré a Romanones.

AURORA Es lo mismo. Si yo le dijese, en fin, que el mudarme sería para mí una gran contrariedad, quizá una recaída, tal vez la muerte, ¿sería usted capaz de echarme?

DAVID ¡Caramba, me pinta usted las cosas de un modo...! Y luego, tiene usted una mirada tan dulce y una palabra tan cariñosa...

AURORA Porque usted debe ser un sentimental.

DAVID No; yo he tenido mucho que hacer en mi vida para ocuparme de eso. Además, soy casado y he sido siempre un esclavo de mi deber.

AURORA ¡Pobre!

DAVID ¿Pobre por qué?

AURORA Porque se debe haber aburrido mucho con esa cadena del deber al cuello. ¿Hay nada más fastidioso que el deber, ese antipático que siempre nos está diciendo: «Haz esto», cuando lo que queremos hacer es otra cosa?

DAVID Sí; si no deja usted de tener razón, pero mi mujer es muy celosa y aquí mismo, hace un momento, me decía: «Si yo supiese que dirigías un requiebro a otra mujer, te arrancaba la lengua.»

AURORA Esas son cosas que se dicen. Ya comprenderá usted que si todas las mujeres engañadas fueran a arrancar la lengua a sus maridos, España sería un país de mudos.

DAVID Verdaderamente resulta agradabilísimo hablar con usted.

AURORA ¿De veras?

DAVID Se lo juro.

(*En este momento baja Venancio, y al ir a acercarse, dice Aurora alto.*)

AURORA Todavía, no...

(*Venancio vuelve a retirarse.*)

DAVID ¿Decía usted?

AURORA Que todavía no se ha dado usted cuenta bien. Me gustaría mucho que fuese usted a casa.

DAVID ¿Yo? ¿Ir yo a su casa?

AURORA Sí; a mi casa, que es la de usted. Charlaríamos un rato... Si se decide, no vaya hasta después de las dos. Es la hora en que estoy visible. (*Muy melosa.*) ¿Le espero?...

DAVID Pero si mi mujer se enterase...

AURORA ¿Y qué tiene de particular? Un casero, lo menos que puede hacer, es visitar de cuando en cuando sus propiedades... Ya conoce usted el refrán: el ojo del amo engorda...

DAVID Si se entera, engordaría demasiado.

AURORA No sea usted pusilánime. ¿Qué? ¿Irá?

DAVID No se lo prometo, pero, por si acaso, espéreme.

AURORA (*Levantándose.*) Pues no sabe usted lo agradecida que le quedo.

VENAN. (*Bajando.*) ¿Qué ¿Arreglado?

AURORA No podía ser menos. Don David es un hombre comprensivo.

VENAN. Ya te lo decía yo: en estos asuntos hay que irse a la cabeza.

AURORA Entonces... hasta que nos volvamos a ver

DAVID (*Tendiéndole la mano.*) Hasta que nos volvamos a ver.

VENAN. (*Saludando.*) Muy suyo.

DAVID Yo lo soy de usted.

(*Los acompaña hasta la puerta del foro y al llegar a ella le dice Aurora.*)

AURORA Pero, por Dios, no se moleste usted.

VENAN. Que nos acompañe la chica.

AURORA No; la chica, no.

VENAN. No se preocupe, yo tengo mucho gust

en acompañarla hasta la portería, si es preciso.

(*Hacen mutis. Por la segunda izquierda salen HIPOLITA, OFELIA y FELISA.*

OFELIA Sí, sí, mamá: Felisa tiene razón. Nosotras las mujeres decentes no sabemos conservar a nuestros maridos; nos falta esa práctica especial que tienen las mujeres mundanas.

FELISA Les aseguro a ustedes que en ese particular, son catedráticas. Yo entro en muchas casas y las conozco que ríanse ustedes de Unamuno.

OFELIA Yo, si no fuera por el temor al qué dirán, iría a ver a una de ellas a que me diese unas lecciones.

HIPOL. ¿Estás loca?

(*Por el foro vuelve David.*)

OFELIA (*Al verlo entrar.*) ¡Papá! ¿Y Luis?

DAVID En mi despacho lo tienes, con un cheque, digo con un libro...

OFELIA ¿Pero hablaste con él?

DAVID Hablé.

OFELIA ¿Y qué? ¿Tenía yo razón?

DAVID En lo de los vuelos, sí; en lo otro, no.

OFELIA ¡Júramelo, júramelo!

DAVID Te lo juro, por la salud de tu madre.

OFELIA ¡Ay, qué feliz me haces! (*Le abraza, dando saltos de alegría.*)

LUIS (*Saliendo del despacho, guardándose un cheque en la cartera.*) ¿Pero qué visita ha sido esa?...

OFELIA (*Corriendo hacia él y abrazándolo.*) Luis, maridito mío, ¿me perdonas?

LUIS (*Muy digno.*) ¡Parece imposible! ¡Desconfiar de mí!

OFELIA No lo haré más.

DAVID Luis es como yo, un esclavo del deber; por cierto, que ahora que hablo de de-

beres, desde mañana voy a dedicarme a visitar mis casas; las tengo muy abandonadas.

(*Por la primera izquierda, sale VENTURA con el pelo en desorden, febril, con una cuartilla en la mano, y dice casi gritando.*)

VENTU. ¡Ya está! ¡Ya está!

TODOS (*Asustados.*) ¿El qué?

VENTU. La poesía. Me ha salido inconmensurable; soy un genio. Oigan ustedes: (*Declamando.*)

«Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto, la he visto y me ha mi-
[rado.
Hoy creo en Dios.»

DAVID Pero ¿eso es tuyo?

VENTU. Mío.

HIPOL. ¿Que se te ha ocurrido a ti?

VENTU. ¡A mí!

FELISA ¡Qué plagiario! (*Aparte.*)

OFELIA ¡Qué fresco! (*Idem.*)

LUIS ¡Qué ladrón! (*Idem.*)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

En casa de Aurora. Habitación que es a la vez boudoir y salita de recibo, amueblado arbitrariamente, con el gusto de una mujer galante, con un poco de orientalismo y otro poco de cubismo. Puerta al foro que da a un pasillo, por el que se va a la calle por la derecha y al interior de la casa por la izquierda siempre del actor. En la lateral derecha, segundo término, la puerta del cuarto de baño. En la lateral izquierda, dos puertas. Adosada a la pared de la derecha, en primer término, es decir, antes de la puerta del cuarto de baño, una cama turca. Junto a la cama, una mesita de laca y un taburete. Sobre la mesita, algún cachivache artístico. Hacia la izquierda de la escena, un tresillo, de estilo moderno, y una mesa. Algunos otros muebles, convenientemente repartidos por la escena.

(*Al levantarse el telón están en escena Aurora, Felisa y Venancio. Aurora, que viste un elegante pijama o bata, lo que le esté mejor a la actriz, está acostada en la cama turca. A su lado, sentada en el taburete, Felisa está acabando de hacerse las uñas. Sobre la mesilla, el tazón con el agua caliente y los utensilios de la*

manicura. Venancio, sentado a la mesa de la izquierda, hace solitarios con una baraja.

FELISA Esta, ya está; deme la otra mano.

AURORA El esmalte que me puso la última vez me ha resultado malísimo.

FELISA Pues no lo hay mejor, y cuidado que lo pago caro; pero es que ahora todo viene falsificado.

AURORA Oye, tío.

VENAN. ¡Cuidado!

AURORA ¿Te refieres a Felisa? No tengas miedo. Felisa sabe que eres mi tío.

FELISA Y que hace usted las veces de padre, porque una mujer siempre está más defendida con un padre que con un tío.

VENAN. Según, porque no es que yo lo diga, pero si mi hermano viviese, es posible que no se cuidase de ésta tanto como yo. Si ahora hubiese juego y yo trabajase, ¡de dónde iba ésta a preocuparse por lo más mínimo!

FELISA ¿Usted era banquero?

VENAN. *Grupié*; pero pa sacarme mis veinte duritos toas las noches no tenía que hacer ná.

FELISA ¡Hola!

VENAN. No tenía que hacer ná más que esconderme un par de fichas, y con ellas, las propinas y el sueldo, pues... mejor que esos que ahora tienen tanto enchufe.

AURORA Pues no te hagas ilusiones, que lo que es jugar, por ahora...

VENAN. Tó depende de que se haga una campaña revisionista, porque esto de matar así como así una fuente de riqueza como era el 30 y 40 y la ruleta y el monte...

FELISA ¿Usted, a qué se dedicaba?

VENAN. Yo siempre he tirao al monte, porque

con ésta en la mano (*Por la baraja.*) gana el que a mí se me antoja; ya puede usted barajar lo que quiera, que sale la carta que a mí me da la gana.

FELISA ¿Es posible?

VENAN. Si se quié usted convencer, le tallo cinco duritos, y en un par de manos pierde el producto de esas otras manos.

AURORA Bueno, bueno, déjate ahora de juegos y toca el timbre para que venga la criada a llevarse esto.

VENAN. ¿El timbre? ¿No te parece mejor que vaya yo a avisarla?

AURORA (*Alarmada.*) ¡No! Ten en cuenta que ha entrado esta mañana; espera, por lo menos, que lleve dos o tres días.

VENAN. ¿Dos o tres días?... Bueno, me sacrificaré, porque no digas. (*Se levanta y se dirige a la pared y oprime el botón del timbre.*)

(*Por la primera de la izquierda aparece SOLE, criada joven.*)

SOLE ¿Me llama la señora?

AURORA Sí; recoge todo esto.

(*Sole aparta la mesita, recoge el lavamanos, la toalla, etc., etc., y se dirige con todo hacia el cuarto de baño.*)

AURORA ¿Dónde vas?

SOLE A dejarlo en el cuarto de baño.

AURORA No; no entres; llévatelo a la cocina. Se me olvidó decirte que hoy no puedes entrar en el baño; está para cambiar el tiempo y he metido ahí a Chevalier para que nos deje tranquilos.

VENAN. Con las mujeres no hay cuidao.

AURORA Por si acaso, como es nueva...

FELISA Con ese chimpancé toda precaución es poca; acuérdense ustedes que una vez me quitó el estuche y lo tiró por el balcón.

SOLE (*Al dirigirse a la izquierda, y pasar junto a Venancio, le dice acercándose a él, insinuante.*) ¿El señor no quiere nada?

VENAN. (*Conteniendo las ganas de pellizcarla.*) No; ahora, no... Cuando pasen dos o tres días...

SOLE ¿Cómo?

VENAN. No; nada.

SOLE (*Haciendo mutis.*) ¡Qué raro! Todos los señores me han pellizcado, y éste... No; pues lo que es como no me pellizque, voy a estar yo aquí muy poco.

FELISA (*Que se ha puesto el sombrero y ha recogido su estuche.*) ¿Cuándo le parece a usted que vuelva?

AURORA La semana que viene.

(*En el momento de marcharse se oye el timbre de la puerta del piso, que llama por tres veces, con un intervalo en cada llamada.*)

AURORA No; no salga usted todavía. (*A Sole, que ha salido al oír tocar el timbre.*) Abre, y usted, Felisa, hágame el favor de ocultarse en el cuartito del recibimiento, y cuando entre la persona que ha llamado, se marcha.

FELISA ¡Ah, sí, sí!... Comprendido.

(*Felisa y Sole salen por el foro izquierda.*)

VENAN. ¿Es Lorenzo, verdad?

AURORA Pero, ¿no te has dado cuenta por la forma de llamar?

VENAN. Es que estaba distraído. Además, como nunca viene a estas horas...

AURORA No creas que me da buena espina esto.

(*Sale Sole seguida de Luis, que aquí se llama Lorenzo.*)

SOLE (*Cruzando la escena y haciendo mutis por la izquierda.*) Pues éste tampoco... ¡Vaya una casita!...

LUIS (*Avanzando.*) Buenas tardes. ¿Qué? ¿Te extrañará que venga a estas horas?

AURORA Sí que me extraña, la verdad.

VENAN. Y al entrar usted lo estábamos comentando.

LUIS (*Sentándose.*) Pues una carta que he tenido de Bilbao. ¡Y qué carta! Mi madre, malísima... La tienen que operar de cataratas y quizá pierda un ojo; mi padre, hecho cisco, quizá lo tengan que cortar un brazo, y a mi tío Joaquín le tienen que cortar una pierna.

VENAN. Una tuerta, un manco y un cojo... Pues le queda a usted una familia pa una rondalla de Carnaval que ni pintá!

AURORA (*Que no lo cree y disimula.*) ¡Chico, qué tragedia!

LUIS Espantosa. y, además, todos los días tiros, bombas, muertos...

VENAN. ¿Pero usted está hablando de Bilbao o de la Manchuria?

AURORA (*Con retintín.*) Déjalo, papá, que cuando él lo dice por algo será.

LUIS Lo digo porque, claro, mi padre tiene infinidad de negocios, que no puede atender, y me ruega que vaya en seguida a ponerme al frente, por lo menos hasta que se mejore.

AURORA Tengo el presentimiento de que no tardas cinco minutos en decirme que te ves obligado a abandonarme.

LUIS ¡Por Dios, Aurora, qué cosas dices!... Me veo precisado a abandonarte, pero temporalmente, nada más. Ya te he explicado las causas.

AURORA ¡Ah! ¿Y lo dices con esa tranquilidad? Como si la ausencia de un mes o dos o ¡quién sabe! fuese una hora o un día que dejásemos de vernos... No, Lorenzo, no.

Y óyeme bien, no sé por qué se me figura que la que te llama de Bilbao es tu mujer, que tú eres casado.

LUIS ¿Casado yo? ¡Oh, qué sospecha más equivocada!

VENAN. No tiene cara de eso, no.

AURORA Entonces, ¿por qué andas siempre con tapujos, excusándote de salir conmigo, llamando de una manera especial para que si hay visita en casa no te vea?...

LUIS Ya te he dicho que es por mis padres; ellos creen que hago aquí una vida de orden, de trabajo, la vida que ellos conocen y que ellos viven... No se dan cuenta que ahora son otros tiempos y tengo la seguridad de que si se enterasen, se llevarían un disgusto enorme.

AURORA Está bien; tómele cariño a un hombre, séale fiel, no piense más que en él, sacrifique sus gustos, sus anhelos, para que un día, una carta de Bilbao rompa cariños, sacrificios, y ahí queda eso. (*Exaltándose.*) ¡Si me está bien empleado; si las mujeres no debíamos ser buenas!

VENAN. Chica, no te excites.

LUIS Pero si es su fantasía, que se está forjando lo que no existe. Yo me voy a Bilbao, pero esto no quiere decir que la abandone, y la prueba es que le traigo una cantidad para que no se preocupe durante el mes o dos que esté allí.

VENAN (*Muy digno.*) El dinero para ésta es lo de menos.

LUIS (*Sacando los billetes.*) Le traigo cuatro mil pesetas.

VENAN. Es lo menos... que necesita para ese tiempo.

LUIS (*A Aurora.*) Vamos, anda, toma, no seas niña. Si tú verás cómo vuelvo más pron-

to de lo que te imaginas. Toma, mujer, toma.

AURORA (*Como despreciando el dinero.*) Déjalo ahí. (*Por la mesita.*)

VENAN. No; ahí, no, que a lo mejor sale Chevalier y los rompe o los tira por el balcón. No, no; yo te los guardaré. (*Los coge y se los guarda.*)

(*Han llamado a la puerta de la calle. SOLE cruza y va a abrir.*)

AURORA ¿Y cuándo te marchas?

LUIS Esta noche, en el rápido.

AURORA Pero hoy, por lo menos, comerás conmigo. No te alarmes, que no pienso decirte que me lleves al Palas o al Ritz. Está tranquilo, que no te verán; comeremos aquí.

LUIS Bueno, me quedaré, comeré...

SOLE (*Anunciando desde la puerta del foro.*) Don Ventura Mendicuti.

(*Al oír el nombre de Ventura, Luis se levanta de un salto.*)

LUIS ¡Mi cú...! ¡Mi cú...!

SOLE No, no; Mendicuti, Mendicuti.

AURORA Que pase.

LUIS Que no pase.

VENAN. ¿Qué pasa?

AURORA Si es el hijo de mi casero.

LUIS Si ya lo sé. Pero es de Bilbao. Todos los Mendicutis son de Bilbao, y es probable que me conozca, y verme aquí y enterarse mi familia. todo es uno.

AURORA ¿Es posible?

LUIS Sí, hija, sí; todos los de Bilbao son unos cotillas.

AURORA ¿Y cómo dejo de recibirle?

VENAN. Os ahogáis en un charco. ¿Tiene más que entrarse Lorenzo conmigo ahí al comedor? Tú recibes al chico, lo ahuecas lo

más cortésmente posible y aquí no ha pasao ná.

LUIS (*Nervioso.*) Sí, sí; tiene usted razón. Vamos al comedor.

VENAN. Y para que no se aburra usted, le voy a tallar unas pesetas. ¿Hace?

LUIS Hace lo que quiera, pero vamos. (*Entrando con Venancio, segunda izquierda del actor.*) ¿A qué vendrá aquí mi cuñadito?

AURORA (*A Sole.*) Dile que pase.

(*Sole hace mustis; Aurora enciende un egipcio y se extiende en la cama turca en una actitud de languidez voluptuosa y espera. Por la puerta del foro asoma Ventura. Trae debajo del brazo una carpeta bastante grande llena de papeles.*)

VENTU. (*Desde el foro.*) ¿Hay permiso?

AURORA Hay.

VENTU. (*Avanza y, al verla, no puede contener un ¡Ay!*)

AURORA ¿Qué pasa?

VENTU. (*Sobreponiéndose.*) No, nada; la emoción... de la impresión..., la satisfacción... y, claro, el corazón... (*Aparte.*) Tós los consonantes me salen en *ón.*

AURORA No me explico su turbación.

VENTU. Es que, la verdad, yo no podía imaginarme que usted me recibiese en ese traje, reclinada en una cama turca, fumando un cigarrillo..., y, claro, el traje, y más que nada la turca y el cigarro, me han producido un mareo... Pero ya va pasando.

AURORA (*Riendo.*) Venga usté, hombre, venga y siéntese aquí.

VENTU. Ah, ¿usted quiere que me siente ahí?

AURORA Claro, a mi lado. (*Viéndole que titubea.*) Ande usted. (*Ventura avanza y se sienta

en el taburete junto a ella.) ¿Qué? ¿Le pasa?

VENTU. Me pasa... Me pasa lo que nunca me había pasado, porque yo, la verdad, no es que sea un Don Juan, ni un Don Luis, ni siquiera un Centellas; pero esta timidez y esta cortedad que siento ante usted no la he sentido nunca ante ninguna mujer.

AURORA Eso quiere decir que le causo una impresión distinta de las demás.

VENTU. Hasta el extremo de que, pensando en esta visita, no he podido pegar un ojo en toda la noche.

AURORA ¡Pobrecito!

VENTU. ¡Y cuidado que hice esfuerzos por conseguir el sueño! Fijé la vista en un punto durante un rato largo y, nada; me leí el proyecto de ordenación bancaria y, nada; recurrí al Veronal y al sulfural que otras veces no me ha ido mal, y tampoco. El cerebro se negaba al reposo, los ojos se negaban al cierre, en todas partes veía a usted: en las sombras de los rincones, en el aparato de la luz, en los tubos del radiador, y una Venus de Milo que tengo sobre la mesilla de noche tomó la forma de usted, le crecieron los brazos, el pelo se le puso como si acabase de hacerse la permanente, los labios como si se hubiese dado el chorizo, y trocando el atavío griego por la «toalet» tobilleril, llegó hasta mí, diciéndome con una voz dulcísima: «Fíjate bien; yo no soy la de Milo, soy la de Rosales; yo no soy griega, ni falta que me hace; mañana te espero, mañana es domingo...» Yo, al oír lo de Domingo, cerré, cerré los ojos y no volví a verla.

AURORA ¡Precioso! ¿Lo ha puesto usted eso en verso?

VENTU. Lo he rimado en veinticinco cantos que va usted a oír ahora mismo...

AURORA No; canto, no, que estoy a mal con el vecindario, y luego se quejan a su padre.

VENTU. Pero es que mi padre...

SOLE (*Anunciando desde el foro.*) Don David Mendicuti.

VENTU. (*Dando un salto.*) ¡Mi padre! ¡Que no me coja, que si me coge con los cantos me escalabra. (*Va a dirigirse a la segunda izquierda.*)

AURORA No; por ahí, no. Entre ahí en esa otra. (*Indicándole la primera izquierda.*), que ya le avisaré yo cuándo puede salir.

VENTU. (*Entrando.*) Pero ¿a qué vendrá aquí mi padre?

AURORA (*A Sole.*) Que pase.

(*Sole hace mutis, y momentos después aparece DAVID vestido con una elegancia un poco recargada, una flor en el ojal. En una mano, un gran ramo de flores, y en la otra una caja de dulces.*)

DAVID ¿Se puede?

AURORA ¿Cómo no? Está usted en su casa.

DAVID Perdón, la casa será mía, pero ahora es de usted, puesto que la paga; es decir, no la paga, pero como si la pagase.

AURORA Es usted la flor de los caseros.

DAVID A propósito de flor: permítame que le ofrezca este ramo.

AURORA ¡Oh, qué encanto! ¿Cómo ha adivinado usted que me gustan tanto las flores?

DAVID Una corazonada. (*Dándole la caja.*) Ahí va eso otro.

AURORA ¿Dulces también?

DAVID Yemas de San Leandro.

AURORA ¡Oh, qué delicia! ¿Cómo ha adivinado

usted que me gustan tanto las yemas?

DAVID Otra corazonada.

AURORA Tiene usted un corazón que no le falla.

DAVID Pues no será porque tenga ninguna experiencia de estas cosas, porque ya sabe usted que yo soy un esclavo del deber.

AURORA Pues si ya no hay esclavitud, don David.

DAVID (*Amorosamente.*) ¿Sabe uste que ese pijama (*O bata.*) le sienta admirablemente?

AURORA ¿De veras? ¿Le gusto a usted con él?

DAVID A mí me gusta usted con él y sin él.

AURORA (*Sonriendo.*) Miren el esclavo.

DAVID No interprete usted mal mis palabras. He querido decir que me gusta con ese traje y con otro cualquiera.

AURORA Así lo había comprendido, pero, de todos modos, el esclavo parece que trata de libertarse.

DAVID No es que trate de libertarme, es que me liberto, que rompo las cadenas, que abrazo la causa de los hombres libres, porque abrazando esa causa, me puedo permitir otros abrazos. ¿Estamos solos?

AURORA ¡Por Dios! Me lo pregunta usted de una manera...

DAVID Es que, como mi libertad todavía es condicional, temo...

AURORA Pues no tema usted nada. porque estamos completamente solos.

DAVID En ese caso, permítame que le diga que a esas manos les faltan unas sortijas, que a esas orejas les faltan unos brillantes y a ese cuello le falta un collar. (*Acariciándole las manos, etc., etc.*)

AURORA ¿Todo eso cree usted que me falta?

DAVID Claro que le falta...

(*Luis, que ha salido un segundo antes, avanza y le dice.*)

LUIS ¡Pero don David!...

DAVID (*Disimulando.*) Claro que le falta... Le falta un repaso, arreglar los suelos, blanquear la cocina, poner papeles...

LUIS Nada de papeles. Lo he oído todo detrás de aquella puerta.

AURORA (*A David.*) ¿Pero usted conoce aquí a Lorenzo?

DAVID ¿A qué Lorenzo?

AURORA A éste.

DAVID ¿Este, Lorenzo? Este es mi yerno, y se llama Luis.

DAVID ¿Pero no tiene su familia en Bilbao?

DAVID ¡Pero qué Bilbao, si es oriundo de Guadalajara!

AURORA ¡Oh! ¡Me estabas engañando!

DAVID Ahora comprendo: esta señorita era el aeroplano, ¿verdad?

LUIS Sí.

DAVID ¿Y usted, a pesar de la palabra que me dió y de las cuatro mil pesetas que le di, ha vuelto a volar? Pues bien, yo le juro que mi hija lo sabrá todo.

LUIS Y yo le contaré a mi suegra las cosas que le hacen falta a esta señorita y que usted le ofrecía. (*Discuten acaloradamente.*)

AURORA Por Dios, señores, no se pongan así; piensen bien lo que van a hacer. Antes de tomar esas medidas, busquen otra solución más conciliadora.

DAVID ¿Y cuál?

AURORA ¡Qué sé yo!... Podían ustedes guardarse el secreto mutuamente, y así...

LUIS ¿Qué le parece a usted?

DAVID Puesto que no hay otro remedio, sea; así, nuestras pobrecitas mujeres lo ignorarán todo.

VENTU. (*Apareciendo por la izquierda.*) ¡Eso lo veremos!

DAVID ¿Mi hijo aquí? ¿Qué hace usted en esta casa?

VENTU. Detrás de aquella puerta, oyéndolo todo.

DAVID ¡Pero en esta casa hay una persona de mi familia detrás de cada puerta!

VENAN. (*Saliendo por la segunda derecha.*) De su familia y de los que no son de su familia.

DAVID ¡Es un castigo de Dios! Treinta y cinco años siendo esclavo del deber y a la primera tentativa, no falta por enterarse más que mi mujer.

VENTU. Que se va a enterar en seguida.

VENAN. No sea usted así, pollo; esto tié que arreglarse.

VENTU. ¡Nunca!

LUIS Sí, hombre, sí.

VENTU. ¡He dicho que nunca!, porque confesé a mi padre que amaba a una mujer, me cubrió de improperios y me rebajó la pensión. Y ahora acabo de verle enamorando a la mujer que amo.

LUIS ¿A la mujer que tú amas?

AURORA ¡A la mujer que él ama!

LUIS (*A David.*) ¡A la mujer que nosotros amamos!

VENAN. ¡A la mujer que ustedes aman!

DAVID ¡A la mujer que yo habría amado!

AURORA Bueno, basta; aquí no se conjuga el verbo amar, sobre todo, en el futuro imperfecto.

VENAN. Aquí no hay más solución que la que ha propuesto Aurora; que hagan ustedes las paces, que se perdonen mutuamente...

AURORA Y si fuesen galantes, me compensarán de este mal rato, convidándome a comer en el campo.

VENAN. Es una idea cañón.

DAVID ¿Pero los tres?...

AURORA Precisamente el ir juntos los pone a cubierto de toda sospecha.

LUIS (*A Ventura.*) ¿A ti qué te parece?

VENTU. Yo, si mi padre paga..., porque estoy apré.

DAVID Pagaré, me sacrificaré, me lo impondré como un castigo a mi culpa.

AURORA No exagere usted, que no es para tanto, y puesto que están conformes, voy a vestirme, se avisa a un auto y todos juntos...

DAVID ¡Juntos, nunca! Estos, que vayan aparte.

VENTU. ¡Que se cree usted eso! Yo no puedo dejar a usted solo.

VENAN. Bueno, bueno; ya se arreglará eso. Tú, anda a vestirte.

AURORA Y no sean ustedes impacientes; ya saben que una mujer, por mucha prisa que se dé, siempre tarda un poquito.

VENAN. No te preocupes, que yo los entretendré; precisamente, tengo aquí una cosa (*Sacando la baràja.*) que ni «Las mil y una noches».

(*Aurora ha hecho mutis por la segunda izquierda. Venancio se sienta en la mesita del centro, se pone a barajar y dice después a los demás.*)

VENAN. Vamos a matar el tiempo.

DAVID ¿Pero cómo? ¿Jugando?

VENAN. No como vicio, sino como distracción.

LUIS En algo hemos de entretenernos.

VENAN. Total, unas cuantas tallas..., ná. Bueno, aquí hay veinte pavos de banca. Se admite el copo. ¿Quién corta?

LUIS Yo mismo.

VENTU. Papá, dame un par de duros.

DAVID ¿También eso?

VENTU. Aunque sea a cuenta.

DAVID ¡Estoy llenándome de cieno! Toma. (*Se los da.*)

VENAN. (*Que ha tirado las cartas de arriba.*) Un caballo y un cuatro.

VENTU. ¿Un caballo? Mi carta. A él van los dos duros.

LUIS Y ahí van otros dos.

VENAN. (*A David.*) ¿Y usted?

DAVID Ya puesto en el camino del fango... ahí van otros dos duros al caballo también.

LUIS Lleva usted descargado el cuatro.

VENAN. Tiro las de abajo.

VENTU. No, ¿para qué...?

VENAN. Pues, entonces... (*Va a volver la baraja y asoma por el foro Sole.*)

SOLE Señor.

VENAN. (*Dejando la baraja sobre la mesa.*) ¿Qué quieres?

SOLE Ahí está la chica que tuvieron ustedes antes, que viene a recoger su ropa.

VENAN. ¡Ah, sí, la Nati! La que tienen ustedes ahora. Que pase.

LOS TRES (*A un tiempo.*) ¡No!

VENAN. Es verdad, no había caído, perdonen ustedes. Voy yo mismo a despacharla en un segundo. (*Se va por el foro, seguido de Sole.*)

DAVID ¡Hasta la criada! Hay días que no debía uno amanecer.

(*Al desaparecer Venancio, Luis coge la baraja y la ojea rápidamente, adelantando unas cartas y atrasando otras.*)

VENTU. ¿Qué haces?

LUIS Cállate; estoy colocando todos los cuatros detrás y poniendo el caballo delante en el cuarto lugar; este golpe no hay quien nos lo quite.

DAVID Pero eso es una canallada.

LUIS ¡A ver si, además de convidarle, nos vamos a dejar ganar el dinero!

VENTU. Tiene razón Luis.

DAVID Repito que eso no se hace entre caballeros.

LUIS Pero ¿quién le ha dicho a usted que aquí estamos entre caballeros?

VENTU. No seas primo, papá.

DAVID ¡Nada, nada, que no es digno! Retiro mis dos duros. (*Retirándolos.*)

LUIS ¡Qué tontería!

DAVID Y pongo cinco. (*Pone un billete.*)

VENTU. ¡Que viene!

(*Luis deja la baraja como estaba y se aparta de la mesa, y figura que habla con Ventura y David de sus cosas.*)

VENAN. (*Entrando.*) Ya está despachada; vamos a lo nuestro. (*Coge la baraja.*) De modo que aquí van cinco, dos y dos. ¿Tiro?

LUIS Un momento, voy a aumentar mi postura en dos duritos más. (*Poniéndolos.*)

VENAN. Hasta veinte duros, puede usted aumentarla en lo que quiera.

VENTU. Hombre, yo también; dame otros dos duros, papá.

DAVID (*Aparte.*) Esto es robar a cartas vistas. (*Se los da y Ventura los pone.*)

VENAN. ¿Estamos? Va carta. (*Vuelve la baraja.*) El siete... (*Tira.*) El dos... (*Sigue tirando.*) El seis...

LUIS (*Aparte y en voz baja a Ventura y a David.*) Ahora viene el caballo.

VENAN. (*Tirando.*) El cuatro; han perdido ustedes.

LUIS (*Asombrado.*) ¡No puede ser!...

VENTU. (*Aparte, a él.*) ¡Cuidado!

LUIS (*Rectificándose.*) No puede ser que yo gane una vez.

VENTU. (*A David.*) ¿Pero cómo no habrá salido el caballo?

DAVID A lo mejor sale ahora de detrás de una puerta.

LUIS (*Aparte.*) ¡Qué tío para el Circo de Parish!

(*Sale Aurora vestida de calle.*)

AURORA ¡Ea, ya me tienen lista! Confiesen ustedes que no les he hecho esperar mucho.

VENAN. A mí se me ha ido el tiempo en un soplo.

DAVID (*Aparte.*) Y a mí se me han ido cinco duros en menos.

AURORA ¿Dónde les parece a ustedes que comamos?

VENTU. Ya lo ha dicho usted: en el campo.

LUIS Es lo indicado.

AURORA Sí; pero es que... ha empezado a llover y no podremos comer al aire libre.

VENAN. Ultimamente, nos metemos en un reservao.

AURORA Siendo así, podemos ir a la Cuesta; casa de Camorra padre o Camorra hijo.

DAVID No; Camorras, no.

AURORA Pues a casa de Molinero o al Bar Anita...

VENTU. Donde sea, pero vamos.

LUIS Sí, sí; vamos.

(*Todos cogen sus sombreros, y cuando se disponen a marchar, aparece en el foro Sole, y anuncia.*)

SOLE La señora de Mendicuti y su hija, la marquesa de la Fuentecilla.

DAVID, VENTU., LUIS (*A un tiempo.*) ¡Agua!

AURORA (*Extrañada.*) ¿A qué vendrán?

DAVID ¡Es que, a cosa hecha, no logro reunir aquí a toda la familia!

LUIS Yo no quiero que me vean.

VENTU. Ni yo.

DAVID Ni yo. ¡Menuda tragedia!

AURORA Entren ustedes ahí con mi padre; yo procuraré que se vayan en seguida. (*A Sole.*) Que pasen.

VENAN. Sí; vengan, vengan.

(Hacen mutis por la segunda izquierda. Momentos después, por el foro, entran OFELIA e HIPOLITA.)

HIPOL. La señorita Aurora es usted, ¿verdad?

AURORA Aurora Temprano, para servirla.

HIPOL. Muchísimas gracias.

AURORA Y ustedes, según me han anunciado, son la esposa y la hija de mi casero.

HIPOL. Las mismas.

AURORA *(Indicándolas que se sienten.)* Háganme el favor.

(Se sientan en la derecha, delante de la puerta del cuarto de baño.)

OFELIA A usted, como es natural, le extrañará esta visita.

AURORA Como no tenía el gusto de tratarlas...

OFELIA Es una visita algo rara, más que por la visita, por el motivo que la inspira.

HIPOL. Yo no quería venir, pero ¿qué madre se resiste a las súplicas insistentes de una hija?

AURORA Me intrigan ustedes.

OFELIA Ante todo, una pregunta, y perdóneme la indiscreción: ¿Tiene usted alguna visita?

AURORA Ninguna; estoy completamente sola.

HIPOL. Entonces, no hay peligro de que seamos escuchadas por oídos indiscretos.

AURORA Repito que pueden ustedes hablar sin miedo; la única persona que hay, además de la criada, es mi padre, que está por ahí dentro entretenido con sus cartas... Quiero decir, despachando su correspondencia.

OFELIA En ese caso, óigame y dispénseme el atrevimiento. Yo soy casada y amo a mi esposo con locura. y no tengo otra ambición que conservar el amor de mi ma-

rido. El amor es como una flor que cualquier soplo la deshoja. No basta a una mujer con amar para cautivar un corazón. Necesita saber amar; y a nosotras las mujeres casadas nos falta ese arte que sólo se adquiere con la experiencia... ¿Comprende...?

AURORA No comprendo muy bien.

OFELIA Hace días. tuve la sospecha de que mi esposo me engañaba.

AURORA ¿Lorenzo, verdad?

HIPOL. Su marido se llama Luis.

AURORA ¿Luis? Sí, sí; es que me había confundido. ¿Y qué? ¿Se confirmaron sus sospechas?

OFELIA Afortunadamente, no. Mi padre indagó, le interrogó y me tranquilizó. Mi Luis no me engañaba.

AURORA ¿De modo que su padre...?

HIPOL. Sí; mi marido es un hombre serio, incapaz de faltar a su deber, y siempre con la verdad por delante.

OFELIA Y mi temor es que, lo que no ha pasado ahora, pueda suceder más tarde: que mi esposo se hastíe, se canse, y... Yo soy bastante tímida; en el colegio no nos enseñan ciertas cosas que las mujeres no debían ignorar...

HIPOL. En resumen, que viene a pedirle que le eche usted una mano...

AURORA ¿Cómo?

OFELIA Sí; que me auxilie con su práctica, que me diga lo que debo hacer para que mi esposo no se canse nunca de mí.

HIPOL. Eso; unas lecciones de amor.

AURORA ¡Qué idea más peregrina!

HIPOL. La idea nos la sugirió una joven que va a casa a hacernos las manos; usted la debe conocer, porque es también su manicura.

AURORA ¡Ah, sí! Felisa. ¿Y ella les dijo que yo...?

HIPOL. No; no señaló precisamente a usted; nos dijo sólo que ese secreto para retener a los hombres, lo poseían las mujeres que, por su manera de vivir..., ¡y cuidado, que esto no es criticarla!...

AURORA Sí, sí; comprendo perfectamente. Y. claro, se acordaron de que tenían una inquilina que...

OFELIA (*Sin dejarla acabar.*) Que podía hacernos ese favor. Piense usted en mi tortura, en mis temores...

AURORA ¿Y qué quiere usted que yo le diga?... ¿Lecciones de amor? ¿Pero será el amor cosa que pueda enseñarse? El amor no se aprende por música, se toca de oído. No tiene reglas: es una fantasía. Es cuestión de gusto y de que nos agrade el piano y esté bien afinado. Hay algunos aires antiguos que se pueden enseñar, pero eso no es nada. Lo que ese teclado tiene de admirable es la improvisación, la melodía que empieza fuerte para terminar pianísimo... Son los *scherzos,* las notas sueltas, las apoyaturas... Realmente es una delicia cuando se puede tocar por gusto y no por necesidad; pero ustedes, las señoras casadas, no aprecian bien su suerte, y la mayor parte de las veces dejan el piano cerrado... Ese es el negocio de las afinaduras.

HIPOL. (*Aparte.*) A ver si lo que me pasa a mí con mi marido es porque estoy desafinada.

OFELIA ¿De modo que usted me aconseja...?

AURORA Que se practique, que aprenda por sí misma, y cuando sospeche usted de una infidelidad de su marido, haga usted porque él sospeche de otra de usted, porque

siendo los dos los que desafinan, se puede llegar más pronto a una armonía.

OFELIA Sí, sí; comprendo.

HIPOL. Todo eso está muy bien mientras el marido no pierde la afición a la música, porque yo conozco a algunos que en cuanto oyen una nota se duermen.

AURORA En ese caso, en vez de piano, quizá convenga un *jazz-band.*

OFELIA (*Levantándose.*) Agradecidísima, y esperamos que nos guardará usted el secreto de esta visita.

HIPOL. Si mi marido supiera que habíamos dado este paso...

AURORA Pueden irse tranquilas.

HIPOL. Y ya sabe usted dónde tiene su casa.

AURORA Esta es la suya. (*Toca el timbre y aparece Sole.*) Acompaña a las señoras.

(*Hipólita y Ofelia hacen mutis, siguiendo a Sole por el foro izquierda. Aurora se dirige a la izquierda y dice.*)

AURORA Ya pueden salir.

(*Salen los cuatro.*)

DAVID ¿Y se puede saber a qué han venido?

LUIS ¿Es que han sospechado?

AURORA No; nada de eso. Estén tranquilos. Han venido a una cosa que no pueden ustedes sospechar.

DAVID Bueno, ¿pero se puede saber?...

AURORA He prometido guardar el secreto, pero comiendo se lo contaré.

VENTU. A ver si nos da un cólico.

AURORA Repito que no es cosa de importancia.

VENAN. Bueno, bueno, vamos, que se pierde el tiempo.

DAVID ¿Y cómo vamos?

AURORA Eso ya lo organizaré yo.

VENTU. (*Cogiendo los cantos.*) Me llevaré los cantos para el momento del champán.

(Salen todos por el foro izquierda. Hay una pausa lógica que no sea muy larga. De pronto, se oye un ruido de carreras por el pasillo y entran despavoridos David, Ventura y Luis.)

DAVID ¡Que vuelven!

LUIS ¡Que suben!

VENTU. ¡Sálvese el que pueda!

(En su afán de esconderse rápidamente, en vez de llegar hasta la primera izquierda, como la primera puerta que encuentran enfrente es la del cuarto de baño, se meten en él atropellándose y cierran. Entran en escena AURORA, HIPOLITA y OFELIA.)

HIPOL. Usted perdone esta nueva molestia, pero es que llueve de un modo..., y a Ofelia se le ocurrió que subiéramos para que usted nos hiciese el favor de avisar por teléfono un taxis...

AURORA Ya le he dicho a mi padre que vaya por él; no tardará.

OFELIA Es usted demasiado amable.

AURORA Siéntense.

(Cuando van a sentarse donde antes estuvieron sentadas, se oyen en el cuarto de baño las primeras escaramuzas entre el mono y los que han entrado. Carreras, golpes, gritos ahogados, etc.)

AURORA *(Dándose cuenta, dice aparte.)* ¡María Santísima! ¡Chevalier con ellos!

(Hipólita y Ofelia, alarmadas, no llegan a sentarse, y miran interrogantes a Aurora.)

AURORA *(Disimulando.)* No; no se alarmen por esos ruidos. Son ahí en el cuarto de al lado.

OFELIA Pues cualquiera diría que eran ahí mismo.

AURORA Es que estas casas modernas... Como son

los tabiques tan sencillos... (*Van a volver a sentarse, y arrecia la lucha.*)

HIPOL. ¡Se deben estar matando!

OFELIA ¿Pero qué gente vive ahí?

AURORA Pues... unos artistas de circo; a lo mejor es que están ensayando.

HIPOL. ¡Qué atrocidad! Esto puede traerle consecuencias desagradables a mi marido.

AURORA No lo sabe usted bien. A lo mejor le echan la casa abajo.

(*Arrecia más la lucha.*)

HIPOL. ¿Cómo que se la echan? ¡Que se la están echando!

OFELIA (*Asustada.*) ¡Ay, vámonos, mamá, vamos! En el portal esperaremos el taxis.

AURORA Como ustedes quieran, pero no hay miedo.

HIPOL. Para usted, que debe estar acostumbrada, no, pero yo estoy, que si sigo aquí un momento más me da algo. Vamos, hija, vamos.

(*Con la precipitación se deja Hipólita el bolso de mano en la silla. Al llegar a la puerta del foro se escucha un último estruendo. Ellas dan un grito y echan a correr. A este último estruendo sucede un silencio aterrador. Aurora mira con pavor la puerta del cuarto de baño, y, después de una pausa trágica, dice:*)

AURORA ¿Quién habrá vencido, Dios mío?

(*Se dirige a la puerta del cuarto, y al abrirla salen David, Luis y Ventura. Los tres salen en un estado deplorable, despeinados, desabrochados, arañados..., los nudos de las corbatas deshechos, las manos ensangrentadas. Ventura saca en el pantalón, por la parte del muslo hasta la rodilla, un jirón enorme. David, todo el bolsillo de la americana rasgado. Luis,*

el chaleco..., y todos los detalles, más que los actores crean que le dan comicidad a la situación. Apenas salen, caen como muertos. Uno en una butaca, otro en la cama turca y otro en la silla.)

AURORA (*Al verlos.*) ¡Jesús! ¿Pero que ha pasado?

VENTU. (*Con voz quejumbrosa.*) ¿Usted ha leído *Sin novedad en el frente*?

AURORA Yo, no.

LUIS ¿Y *Cuatro de infantería*?

AURORA Tampoco.

DAVID ¿Ha visto usted *En el corazón del Africa salvaje*?

AURORA ¡Por Dios, acaben! A mí se me olvidó indicarles que estaba ahí dentro Chevalier.

VENTU. Sí. Chevalier; ahí quien estaba era Abd-el-Krim.

LUIS ¡Qué fiera!

DAVID ¡Qué manera de atacar!

VENTU. Cuidado que yo le he tirado los veinticinco cantos a la cabeza, pero como si nada.

LUIS A mí me ha dado un zarpazo en la cadera que se me ha llevado el hueso.

DAVID Y a mí uno aquí, en la americana, que se me ha llevao la cartera.

VENTU. Eso no es un mono; eso es un legionario.

DAVID Y gracias a que una de las patadas que le tiré le cogió de lleno en el vientre y cayó en la pila del baño.

VENTU. Y gracias a que yo abrí el grifo del agua caliente.

AURORA ¡Qué horror!

DAVID Ya estará para que lo sirvan a la mayonesa.

VENAN. (*Saliendo por el foro.*) Cuando quieran. Ahora no hay miedo de que los vean.

VENTU. Y aunque nos vean es lo mismo; no nos van a conocer.—TELÓN.



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero La acción ocurre horas después.

Al levantarse el telón entra por el foro NATI, seguida de JEREMIAS. Este trae una carta en la mano.

NATI — Pase, pase, don Jeremías. La señora me dijo que si era usted, le avisase en seguida.

JEREM. — Sí, ya me lo supongo, porque el aviso que me ha mandado, más que urgente es alarmante. ¿Ocurre algo aquí?

NATI — Yo no me he dado cuenta de nada; los señores salieron y no han vuelto; la señora salió con la señorita y ha vuelto, y nada más.

JEREM. — ¡Es chocante! En fin, anda, dile que estoy aquí.

(*Nati hace mutis por la segunda izquierda.*)

JEREM. — (*Al público.*) ¡Y sin carta! ¿Qué le pasará a mi bella desconocida para no escribirme? ¡Ella, siempre tan puntual! ¿Acaso un padre tirano que le ha sorprendido escribiéndome? ¿Acaso una enfermedad? Sea lo que fuere, yo voy a depositar ahora mismo en la Lista esta car-

ta, que más que un reproche es una queja. Me ha salido de las más pasionales que le he escrito.

(*Por la segunda izquierda sale HIPOLITA.*)

HIPOL. Amigo Jeremías.

JEREM. Mi respetable doña Hipólita.

HIPOL. Necesito de usted un favor inmenso, un favor que necesita de la rapidez y del silencio.

JEREM. A ambas cosas me tiene usted dispuesto.

HIPOL. Lo sabía; por eso lo he llamado. Usted lleva muchos años en la casa, casi puede decirse que le consideramos como de la familia.

JEREM. Así es.

HIPOL. Pues bien, he perdido mi bolso de mano hace una hora, casi me atrevo a asegurar que me lo he dejado en un auto del servicio público.

JEREM. ¡Demonio! Y, por lo visto, llevaba usted en él alguna cantidad respetable.

HIPOL. Mi inquietud no es el dinero; mi inquietud es que el chófer. al verlo, o lo traiga aquí o lo lleve a la Tenencia de Alcaldía y lo anuncien en la Prensa y se entere mi marido, porque en el bolso... (*Mirando a todos lados.*) en el bolso iba una carta mía, que me compromete terriblemente.

JEREM. ¿Qué me dice usted?

HIPOL. Sí; no va firmada, pero es mi letra. ¿Comprende usted? ¡Mi letra! Es una carta de amor, de pasión; para usted esto es algo exótico, porque, claro, a su edad y con los estragos que han hecho en usted los años, hablarle de sentimentalismo, es una ridiculez.

JEREM. (*Aparte.*) ¡Si supiera que me ama una

mujer ideal en silencio! ¡Que esta carta es para ella!

HIPOL. Yo soy culpable, amigo Jeremías; pero mi falta tiene disculpa.

JEREM. Todos los pecados de amor son disculpables; es mi lema.

HIPOL. Por eso, porque se lo he oído decir a usted infinidad de veces, no he tenido inconveniente en llamarle y en pedirle su apoyo. (*Con más misterio.*) Esa carta va dirigida, más que a un hombre, a un ser ideal.

JEREM. ¿Pero usted sabrá dónde vive?

HIPOL. Para mí, vive en la Lista de Correos, billete de 50 pesetas, número 7.777.777.

JEREM. (*Dando un grito.*) ¡Ah! Pero ¿es usted...?

HIPOL. ¿Cómo?

JEREM. (*Enmendándose.*) ¿Pero es usted... capaz de esas cosas?

HIPOL. En una mujer que su marido apenas hace caso de ella, todo es perdonable. ¿Me comprende usted?

JEREM. (*Con gran desaliento y rompiendo poco a poco la carta.*) Sí; la comprendo y la perdono.

HIPOL. (*Viéndole romper la carta.*) ¿Pero qué hace usted?

JEREM. No, nada. Es un papel sin importancia. Una cuenta equivocada.

HIPOL. ¿Y por qué la rompe usted con esa tristeza?

JEREM. Porque es la primera vez en mi vida que me han salido mal las cuentas.

HIPOL. No se preocupe por eso, y a lo mío. ¿Quiere usted hacerme el favor de correr todos los puntos de taxis? Recuerdo que era un Citroën; ofrezca una propina espléndida y, últimamente, lléguese a las Tenencias de Alcadía... Recójame el bolso,

tráigame esa carta; hágalo como si se tratase de una cosa de usted.

JEREM. Siendo de usted, es cosa mía.

HIPOL. Gracias, gracias... No pierda tiempo.

JEREM. Ahora mismo.

HIPOL. (*Marchando al foro.*) Usted no sabe cómo me quedo.

JEREM. Ni usted sabe cómo me voy.

(*Mutis de Jeremías.*)

HIPOL. Esto ha debido ser un aviso del cielo... No; yo no debo seguir esta correspondencia; la inquilina de Rosales tiene razón; yo no debo buscar un piano fuera de casa, yo debo afinar el mío, que aunque un poco antiguo, todavía puede sonar bien.

(*Hace mutis por la segunda derecha. Por el foro entran DAVID, VENTURA y LUIS. Vienen como quedaron al final del acto segundo, a excepción de que en los arañazos de la cara se han puesto unos parches de tafetán.. Ventura, además, para sujetar el rasgón del pantalón, se ha atado una toalla. David se ha vendado la mano con una servilleta... Entran sigilosamente mirando a todos lados.*)

LUIS Repito que esto es una locura.

DAVID La locura era lo que a ti se te había ocurrido.

LUIS ¡Ah! ¿De modo que mi idea...? Eso de comprarnos unos trajes en El Aguila...

VENTU. Lo del águila era una idea elevada, ¿pero cómo justificamos la compra?

DAVID Eso, y, además, ¿cómo justificamos los arañazos, las erosiones, a menos entrásemos con bufandas y con caretas?

VENTU. Para eso eran más prácticas unas escafandras.

DAVID Como que mi plan es el único, el lógico,

el que no da lugar a sospechas. Venimos victoriosos, triunfantes, con las frentes en alto...

VENTU. A propósito de eso, se me está ocurriendo en este instante una poesía de las mejores que he hecho (*Declamando.*):
Ya viene el cortejo,
Ya suenan los claros clarines...

DAVID Lo que va a sonar, como no te calles, es la bofetá que te voy a dar.

LUIS Entonces, ¿seguimos su plan de usted?

DAVID Sin la menor vacilación.

VENTU. Ahí me parece que salen.

DAVID Pues al pasillo, y a ver cómo hacemos la escenita.

(*Se van al foro. Por la segunda izquierda salen HIPOLITA y OFELIA.*)

OFELIA ¿No te parece extraño que tarde tanto mi marido?

HIPOL. Tu marido y el mío, y Ventura... A lo mejor se han metido en un cine o en un teatro...

OFELIA Pero podían haber avisado por teléfono.

(*Se oyen por el foro las voces de ellos, que gritan:* ¡Hipo! ¡Ofelia! ¡Madre!, *e inmediatamente entran en actitud trágica, repitiendo los gritos.*)

DAVID ¡Hipo!

LUIS ¡Ofelia!

VENTU. ¡Madre!

HIPOL.
OFELIA } ¡Jesús!

DAVID ¡Hipo!

HIPOL. ¿Pero qué tienes?

DAVID ¡Hipo!... ¡Hipólita de mi vida!

VENTU. ¡Madre de mi alma!

LUIS ¡Esposa de mi corazón!

OFELIA ¿Pero qué os ha pasado?

HIPOL. ¿De dónde venís?

LUIS ¡Del éter!

DAVID ¡Del vacío!

VENTU. ¡De la nada!

OFELIA Pero ¿estáis heridos?

DAVID Heridos.

LUIS Magullados.

VENTU. Destrozados.

HIPOL. ¡Explicaros, por Dios!

DAVID (*A los otros dos, por su mujer y su hija.*) ¡Míralas! ¡Fijarse bien! ¡Son ellas! ¡Ellas! ¡Y creíamos que no las volveríamos a ver nunca! (*Cae sollozando en una butaca.*)

LUIS ¡Nunca! (*Cae lo mismo.*)

VENTU. (*Idem.*) ¡Nunca (*Aparte.*) creí que mi padre fuese un Borrás!

HIPOL. ¡Por Dios, que nos va a dar algo!

OFELIA Sí, sí; decirnos lo que ha pasado.

DAVID ¡Tenéis razón! Perdonadme, pero es que la alegría de volveros a ver... Pues bien, hemos volado.

LAS DOS ¿Volado?

DAVID Ya sabéis que éste (*Por Luis.*) me prometió solemnemente dejar por completo la Aviación para que Ofelia estuviese tranquila. Salimos los tres juntos, yo con la alegría natural de haber conseguido la felicidad de mi hija.

VENTU. Este (*Por Luis.*) nos suplicó que por última vez le dejásemos despedirse de sus aficiones.

LUIS Darle el último adiós al parato.

DAVID ¿Y cómo negarnos a una cosa tan razonable? Cogimos un taxi, nos dirigimos a Getafe...

VENTU. Vimos el parato que tenía...

DAVID Por cierto que es una monada...

VENTU. ¡Lo que se dice una monada!

DAVID Y cuando ya iba a emprender el vuelo se le ocurrió que montásemos con él. Yo me resistí, éste se resistió; pero eran tantas las seguridades que nos daba de que no podía ocurrir nada, y nos pintó de tal forma el espectáculo grandioso que se contempla desde arriba, que pudo más que nuestro miedo y montamos con él.

HIPOL. ¡Qué temeridad!

DAVID Funcionó el motor, el aeroplano empezó a deslizarse suavemente, percibimos la sensación de que nos faltaba la tierra, y...

VENTU. Lo demás déjemelo usted a mí, padre, que para algo soy poeta.

LUIS Sí, déjele usted a él.

VENTU. A los pocos momentos de remontarnos estábamos en el éter... Yo me desmayé...

HIPOL. ¡Hijo de mi alma!

VENTU. Pero gracias al éter volví en mí en seguida y contemplé el paisaje. ¡Todo Madrid se extendía debajo de nuestros pies! La Latina por la derecha, el Pacífico por la izquierda y Chamberí por Fuencarral. De pronto, un trueno que rasga el espacio, las nubes que se convierten en cataratas de lluvia. el motor que se cala, nosotros que nos calamos..., que nos calamos que nos iba a pasar algo, y rápidamente el aparato que plega las alas, dobla el pico y se desploma como el ave herida por el cazador furtivo.

DAVID (*Aparte.*) Este lo va a estropear con la poesía.

OFELIA ¿Y dónde caisteis?

DAVID En Zarzalejo, encima de unas zarzas.

HIPOL. Ahora me explico esos arañazos.

OFELIA Pero fué una caída con suerte.

VENTU. No tanta, porque éste (*Por Luis.*) per-

dió en la caída cuatro duros, yo otros cuatro...

DAVID — Y yo perdí cinco.

HIPOL. — Pero pudisteis haberos matado.

DAVID — Y gracias a que el mono... (*Ventura y Luis tosen.*), a que el monoplano, porque era mono, ¿verdad?

LUIS — Sí, sí, un monoplano.

DAVID — Conservó la estabilidad hasta poco antes de llegar al suelo, que si no ni yo lo cuento, ni tu marido lo cuenta, ni tu hijo lo cuenta (*Aparte.*) tan mal como lo ha contado.

HIPOL. — Pues hay que mandarle ahora mismo tres velas a San... ¿Cuál es el patrón de los aviadores?

VENTU. — Si no es patrón; es patrona: Santa Mariana.

HIPOL. / OFELIA — ¿Santa Mariana?

VENTU. — ¿No han oído ustedes decir: «Sube, Mariana, sube»?

DAVID — Lo de las velas lo podemos dejar para más tarde; ahora lo que necesitamos es asearnos un poco, cambiarnos de ropa.

LUIS — Ustedes se pueden cambiar; pero yo...

OFELIA — No te preocupes, porque ahora mismo voy a avisar por teléfono que te traigan un traje.

DAVID — Sí, hombre, sí; y mientras te lo traen te pones una bata mía.

VENTU. — Y no estaría de más que comiésemos algo, porque yo siento una sensación de vacío...

OFELIA — ¿No será del vuelo?

VENTU. — No, es del estómago.

HIPOL. — Pues vamos.

DAVID — Antes, Hipo de mi vida, déjame que te estreche, que me dé cuenta de que efectivamente estoy junto a ti.

LUIS (*A Ofelia.*) Y tú también dame tus brazos para lo mismo.

OFELIA Con alma y vida. (*Se abrazan.*)

DAVID (*Abrazándola.*) ¡Hipólita mía!

HIPOL. (*Aparte.*) Esto se va afinando.

VENTU. ¡Qué lástima que yo no tenga...! Si estuviese aquí Aurora...

NATI (*Anunciando desde el foro.*) La señorita Aurora Temprano.

(*Al oír el nombre, David y Luis, por un movimiento natural de sorpresa, les dan a sus respectivas mujeres un apretón brutal, y ellas lanzan un* ¡Ay! *como si las ahogasen.*)

VENTU. Ya la tengo aquí.

NATI La señorita me ha indicado que quiere hablar a solas con la señora.

HIPOL. ¿A solas conmigo?

NATI Así me lo ha dicho.

LUIS (*Aparte a David y a Ventura.*) Esta nos estropea el vuelo.

DAVID Ahora es cuando nos vamos a caer de verdad.

VENTU. Viene a vengar la muerte de Chevalier, no les quepa duda.

HIPOL. (*Aparte, a Ofelia.*) Después de la visita que le hemos hecho, no tengo más remedio que recibirla.

OFELIA Lo contrario sería peligroso.

HIPOL. (*Alto.*) ¿Queréis hacerme el favor de dejarme?

DAVID Con mucho gusto. Yo voy aquí, a mi despacho.

VENTU. Y yo a mi cuarto.

LUIS Y yo a ponerme un batín de don David.

OFELIA Y yo a avisar por teléfono que le traigan ropa a éste.

(*Ofelia hace mutis por el foro izquierda. Nati, por la derecha.*)

DAVID (*Entrando por la primera derecha.*) ¿A qué vendrá?

LUIS (*Entrando por la segunda izquierda.*) ¿Qué querrá?

VENTU. (*Entrando por la primera izquierda.*) ¿Qué le dirá?

(*Cuando ya han hecho mutis, entra por el foro AURORA, que avanza resueltamente hasta Hipólita.*)

AURORA Buenas tardes. Usted perdone mi atrevimiento, pero hay ciertas cosas que no se pueden confiar más que a una misma; las criadas suelen ser tan indiscretas...

HIPOL. No comprendo...

AURORA Lo va usted a comprender ahora mismo. Pero, ante todo, ¿no hay miedo de que nos escuchen?

HIPOL. Puede usted estar tranquila. En esta casa no se acostumbra a quedarse detrás de las puertas.

DAVID (*Escondido detrás de la puerta.*) ¡Malo!

LUIS (*Idem.*) ¡Malo!

VENTU. (*Idem.*) ¡Malo!

AURORA De todos modos, bueno será no levantar la voz.

HIPOL. Le repito que no hay cuidado.

AURORA Hace poco, cuando tuvo usted la atención de visitarme con su hija, sin duda por la nerviosidad con que se marchó, asustada por aquellos extraños ruidos del cuarto de al lado...

HIPOL. Y por aquel chillido...

DAVID (*Desde su sitio.*) Chevalier.

LUIS (*Idem.*) Chevalier.

VENTU. (*Idem.*) Chevalier.

AURORA (*Más bajo.*) Se dejó usted sobre la mesa su bolso de mano.

HIPOL. ¡Más bajo, por Dios!

AURORA ¿Ve usted cómo es conveniente que hable bajo?

HIPOL. Sí, sí; todo lo más bajo posible.

AURORA (*Más bajo.*) Al darme cuenta, lo cogí... Ya le he dicho a usted que las criadas son indiscretas.

HIPOL. ¿Y lo registró usted?

AURORA Yo no soy una criada.

HIPOL. Perdón.

AURORA Lo cogí, lo oculté, y he querido traérselo yo misma, porque sé que el bolso de una mujer es una cosa tan íntima... Registrarlo es como registrar su corazón. A veces entre la cajita de los polvos y el lápiz de los labios o el espejito de mano se enreda un secreto, unas señas, un papel, un nombre...

DAVID (*Desde su sitio.*) No se oye nada.

VENTU. (*Idem.*) Se ha quedado afónica.

HIPOL. Verdaderamente, tiene usted razón.

AURORA ¡Ah, los bolsos! ¡Cuántas ilusiones esconden en su interior y de cuántas tragedias han sido culpables! Si las mujeres nos diésemos cuenta, no llevaríamos nunca bolsos. La gran desgracia de mi vida fué por un bolso.

HIPOL. ¿Lo perdió usted con alguna carta?

AURORA Lo perdí con la llave de casa y tuve que aceptar la hospitalidad que me ofreció mi novio.

HIPOL. Afortunadamente, yo no tenía nada que temer; pero usted no sabe lo que le agradezco que haya procedido con esta delicadeza.

AURORA Ahí lo tiene usted, tal como se lo dejó, sin que una mano indiscreta haya tratado de abrirlo, ni una mirada curiosa haya penetrado en su interior.

HIPOL. (*Cogiéndolo con nerviosidad.*) Gracias.

Gracias. (*Lo abre y, febrilmente, se pone a registrar el interior.*)

AURORA (*Aparte.*) Está buscando la carta.

HIPOL. (*Ahogando un pequeño grito, como demostración de que ha encontrado la carta.*) ¡Ah! ¡Respiro! (*A ella.*) Amiga mía, repito que no sé cómo agradecerle...

AURORA Usted hubiera hecho igual en mi caso... Y me marcho; mi padre quedó en venir a recogerme aquí, pero tarda y...

HIPOL. Aquí no molesta usted. Venga conmigo a saludar a mi hija. Se alegrará mucho de verla, entre tanto puede que llegue...

AURORA Bueno, pero conste que, más que por esperar a mi padre, lo hago por saludar a su hija. Desgraciadamente, ya sé andar sola por la vida.

HIPOL. Me lo figuro... Por aquí...

(*Hacen mutis por la puerta del foro, a la izquierda del actor. Por su respectiva puerta cada uno, van saliendo LUIS, DAVID y VENTURA.*)

LUIS (*A David.*) ¿Qué? ¿Ha oido usted algo?

DAVID *Ni parol de plus.*

VENTU. Yo he oído un rumor como de arroyuelo que corre entre el follaje...

DAVID No nos des la lata ahora con la poesía. ¡Pues sí que está el horno para quintillas!

LUIS Yo, o mucho me equivoco, o ésta se lo ha contado todo a doña Hipólita y ahora han ido a contárselo a Ofelia.

DAVID Pues es una faenita para darle una patada como la que le di a Chevalier.

VENTU. Ya se guardaría usted muy bien.

DAVID ¿Eh?

VENTU. Darle a ella una patada es como dármela a mí.

DAVID Es que se la doy a ella y te la doy a ti.

VENTU. A mí no me la da. Usted lo que quiere es castigarla, y a esa mujer no la castiga nadie más que yo.

DAVID (*A Luis.*) Pero ¿estás oyendo lo que se atreve a decirme este cangrejo poético?

LUIS Lo que creo es que estamos perdiendo el tiempo inútilmente. Aquí lo que hay que hacer es que uno de nosotros se presente donde están ellas y se entere de todo.

DAVID Es que si mis sospechas son ciertas, el primero que vaya de nosotros no vuelve.

VENTU. Pueden ustedes ir los dos y yo iré detrás.

DAVID ¿Tú?

VENTU. Detrás, presidiendo el duelo, porque de ahí salen ustedes para la Sacramental. (*Por el foro entra VENANCIO.*)

VENAN. Buenas y tafetánicas. ¿Qué? ¿Se ha ido ya mi hija?

DAVID Hombre, aquí el prestidigitador nos puede sacar de dudas.

LUIS ¿Usted sabe a qué ha venido aquí Aurora?

VENAN. Claro que lo sé.

VENTU. ¡Hombre, gracias a Dios!

VENAN. Ha venido a hablar reservadamente con la dueña de la casa.

DAVID Bueno, pero ¿de qué?

VENAN. ¡Ah! Eso ya no lo sé. Yo no la he podido acompañar, porque he ido a llevar a Chevalier a un sanatorio.

DAVID Pero ¿aun vive?

VENAN. Malamente. Tiene infinidad de quemaduras.

DAVID El chorro. (*Aparte.*)

VENAN. Heridas en la cabeza.

VENTU. Los cantos. (*Aparte.*)

VENAN. Y pulmonía doble.

DAVID Y peritonitis, ¿no tiene?

VENAN. Eso, no.

DAVID Pues me extraña, porque la patá que le di en el vientre no tiene otro diagnóstico.

VENAN. El veterinario me ha dao muy pocas esperanzas. Dice que si se salva será un milagro, y si se salva tendremos que llevarle a que convalezca a la Costa Azul. *(Por el foro, de izquierda a derecha, cruza AURORA, que se supone que va a la calle, y al ver a Venancio y a los demás entra en escena.)*

AURORA *(A Venancio.)* Pero, hombre, ya podía estar esperándote.

VENAN. Si acabo de llegar; que te lo digan aquí los lesionaos.

AURORA Pues anda, vámonos.

DAVID Ca, usted no se va de aquí sin aclararnos a qué ha venido.

AURORA ¡Ah, vamos! ¿Temen ustedes...?

LUIS Lo tememos todo.

VENTU. Estos, éstos; yo no temo a nada.

AURORA ¿Y a qué puedo yo venir aquí? A lamentarme del engaño en que me ha tenido un tal Lorenzo de Bilbao y a congratularme del ofrecimiento que un gran propietario ha hecho a mis manos, a mis orejas y a mi cuello.

VENTU. Y a mí que me parta un rayo.

AURORA Usted y yo tenemos que hablar, pero en prosa.

LUIS ¿De modo que mi mujer sabe que yo y tú...?

DAVID Y la mía que usted y yo...

AURORA Todo...

DAVID *(A Luis.)* Ahora es cuando se impone el aeroplano.

AURORA Todo debían saberlo, pero no lo sabrán nunca, si me juran ustedes una cosa.

DAVID ¡Respiro!

LUIS Habla.

AURORA Respecto a ti, que no vuelvas a engañar a tu mujer; tu mujer es buena, es guapa, es joven, es... hasta rica. ¿Qué más quieres? Vosotros los hombres despreciáis muchas veces a vuestras mujeres porque son vuestras, porque os pertenecen para siempre. Es lo incierto lo que os tienta y, como el perro de la fábula, dejáis la presa por la sombra.

VENAN. Eso del perro me ha gustao.

AURORA Y en cuanto a usted, mi simpático casero, siga usted esclavo del deber, ¡qué demonio! Viene usted siéndolo tanto tiempo, que libertarlo sería buscarle una complicación; la cadena en usted es una costumbre; acaso no sabría vivir sin ella.

VENTU.
«A todo es acostumbrarse:
cariño le toma el preso
a las rejas de la cárcel.»
¡Se me acaba de ocurrir ahora mismo!

LUIS Yo te juro que no volveré más a engañar a mi mujer.

DAVID Y yo que no intentaré romper mis cadenas.

VENTU. Bueno, pero ¿y yo?

AURORA A usted le señala su padre desde hoy una pensión mensual de tres mil pesetas.

DAVID ¡Tres mil pesetas!

AURORA Usted verá: o lo cuento todo, o la pensión.

VENTU. Pero si yo con mil me apaño...

AURORA (*Acercándose a él, y con intención.*) Usted, sí, pero yo, no.

VENAN. Es lo menos que necesita.

VENTU. (*Con alegría.*) ¡Ah, de modo que...!

AURORA Usted es libre, yo soy libre... Pásese mañana por casa, que mañana sí estaré sola.

VENTU. (*Con alegría.*) ¡Ah, por fin llega a mí el amor, por fin rompo mi soledad!... Es-

pérese, que se me está ocurriendo... Sí, ya está...

«Sin el amor que encanta,
la soledad del ermitaño espanta.»

DAVID Lo que espanta es la frescura de este hijo mío. Menos mal que lo que roba son versos.

(*Por el foro salen HIPOLITA y OFELIA.*)

HIPOL. Pero ¿cómo? ¿Aún está usted aquí?

AURORA Sí, me ha detenido su esposo.

HIPOL. ¿Tú?

DAVID Sí, yo; los inquilinos me habían dado unas quejas de ella, y era preciso que me explicara...

VENAN. Y se ha convencido de que no tiene razón. En nuestro piso no se oye una voz más alta que otra.

HIPOL. En cambio, en el de al lado...

OFELIA (*Aparte.*) Mamá, que te cuelas...

AURORA Y he aprovechado la ocasión para pedirle que me haga algunas reformas; sobre todo, en el cuarto de baño: uno de los grifos está arrancado.

LUIS (*Aparte, recordando la lucha.*) Yo, con las manos.

AURORA ¡Hay baldosines levantados!

DAVID (*Idem.*) Yo, con los pies.

AURORA Y la taza del lavabo está rota.

VENTU. (*Idem.*) Yo, con la cabeza.

DAVID Bueno, bueno, mañana irán los asoladores y el fontanero. (*Viendo entrar por el foro a JEREMIAS.*) A propósito, amigo Jeremías, disponga usted que mañana...

JEREM. Perdón. Mañana yo no puedo disponer nada, porque no seré nada...

DAVID ¿Qué quiere usted decir?

JEREM. Que desde este momento ceso en la administración de sus bienes.

OFELIA Pero ¿por qué motivo?

JEREM. No lo diré jamás.
HIPOL. ¿Está usted descontento del sueldo?
JEREM. Repito que no diré jamás la causa.
OFELIA ¿Va usted a algún otro sitio?
JEREM. A ninguno.
DAVID No cansarse. Eso se le pasa en seguida. Es un arrechucho de sentimentalismo. A lo mejor es que hoy no ha recibido carta de la del billete de mil pesetas número 25...
JEREM. (*Aterrado.*) ¡Oh!...
HIPOL. (*Sin poderse contener.*) Pero ¿era usted...? (*Rectificando.*) ¿Era usted capaz de sostener esas correspondencias amorosas?...
DAVID ¡Anda, y poco entusiasmado que está! Cree que se trata de una mujer joven y hermosa, de una criatura ideal.
LUIS A lo mejor es una solterona.
VENTU. O una vieja histérica.
HIPOL. (*Aparte.*) ¡Qué ridículo. Dios mío!...
DAVID Nada, nada, tranquilícese, cálmese; que si hoy no ha tenido carta, mañana puede que tenga dos.
JEREM. Insisto en que es irrevocable mi decisión.
DAVID Pues siendo así... (*A Hipólita.*) Mira, escríbele a tu hermano, que venga y se encargue de la administración; ya ha logrado lo que tanto deseaba.
OFELIA A propósito del tío, en la cocina tienes el regalo que te ha enviado. ¡Y qué regalo! ¡No te lo puedes imaginar!
DAVID Viniendo de Fernando Poo, será algo exótico.
AURORA Alguna piel de leopardo.
LUIS O colmillos de elefante.
VENTU. O la mosca del sueño.
OFELIA ¡Es un mono hermosísimo!

DAVID
LUIS
VENTU.
AURORA
VENAN. } (*A un tiempo.*) ¡Eh!

HIPOL. (*Por Ofelia.*) Y ésta se ha empeñado en que le pongamos de nombre Chevalier. (*Al acabar Hipólita la frase, Ventura, David y Luis caen desplomados sobre los asientos que tengan más próximos. Los demás dan un grito y acuden en su socorro.*)

TELÓN

Obras de Antonio Paso

Solo y en colaboración con diferentes autores

ENTREMESES

¡Todo está muy malo!
La misa de doce (lírico).
¡Hule! (lírico).
El debut de la chica (lírico).
La pata de gallo.
Los vecinos.
El portal de Belén.

REVISTAS LIRICAS EN UNO, DOS Y TRES ACTOS

Sombras chinescas (música de Quinito Valverde).
Historia natural (maestro Bruce).
Concurso universal (maestros Lleó y Calleja).
Los presupuestos de Villapierde (maestros Lleó y Calleja).
El respetable público (maestros Lleó y Calleja).
Por esos mundos (maestro Chueca).
El arte de ser bonita (maestros Vives y Jiménez).
La alegre trompetería (maestro Lleó).
El dichoso verano (maestro Alonso).
España nueva (maestro Lleó).
La feria de las hermosas (maestros Benlloch y Soriano).
La tierra de Carmen (maestros Luna y Valverde).
Yo me caso con usted (maestros Luna y Siles).
Las maravillosas (maestros Soutullo y Vert).
Las bellezas del mundo (maestros Soutullo y Vert).
Morena y sevillana (maestro Luna).

PARODIAS

Churro Bragas (de *Curro Vargas*), maestro Estellés.

ZARZUELAS Y SAINETES EN UN ACTO

La candelada (maestro Lope de Rozas).
El señor Pérez (maestro Quinito Valverde).
El niño de Jerez (maestro Zabala).
El gran visir (maestros Alvarez y Cholons).
La casa de las comadres (maestro Quinito Valverde).
Los diablos rojos (maestro Quinito Valverde).
Las escopetas (maestro Quinito Valverde).
La zíngara (maestro Quinito Valverde).
La marcha de Cádiz (maestros Valverde y Estellés).
El padre Benito (maestro Valverde).
Los cocineros (maestro Valverde).
Los rancheros (maestro Rubio).
El fin de Rocambole (maestro Valverde Q.).
Las figuras de cera (maestro Jiménez).
La alegría de la huerta (maestro Chueca).
El Mississipí (maestro Valverde Q.).
La luna de miel (maestro Valverde Q.).
Las venecianas (maestro Valverde Q.).
Los niños llorones (maestro Valverde Q.).
El bateo (maestro Chueca).
La corría de toros (maestro Chueca).
El solo de trompa (maestro Serrano).
El cabo López (maestro Valverde).
La Virgen de la Luz (maestro Lope).
El pelotón de los torpes (maestro Serrano).
El pícaro mundo (maestro Caballero).
El trébol (maestros Valverde y Serrano).
La torería (maestro Serrano).
Gloria pura (maestros Lleó y Calleja).
Frou-Frou (maestros Lleó y Calleja).
La reina del couplet (maestro Foglietti).
El ilustre Recochez (maestro Lleó).
El rey del valor (maestros Lleó y Calleja).
La taza de té (maestro Lleó).
Los mosqueteros (maestro Lleó).
La loba (maestro Lleó).
La hostería del Laurel (maestro Lleó).
Tenorio feminista (maestro Lleó).
Los ojos negros (maestro Calleja).
Mayo florido (maestro Lleó).
La república del amor (maestro Lleó).

La tribu gitana (maestro Mariani).
Los hombres alegres (maestro Lleó).
¡Mea culpa! (maestro Lleó).
La partida de la porra (maestro Lleó).
El verbo amar (maestros Alonso y Torregrosa).
El potro salvaje (maestros Luna y Valverde).
Sierra Morena (maestro Lleó).
Las alegres colegialas (maestro Lleó).
La caída de la tarde (maestros Soutullo y Vert).
No te cases, que peligras (maestro Monterde).
Ojo por ojo (maestro Luna).
El apuro de Pura (maestro Luna).
Los ojos con que me miras (maestro Luna).

ZARZUELAS Y SAINETES EN DOS ACTOS

Baldomero Padrón (maestro Alonso).
La corte de Risalia (maestro Luna).
El asombro de Damasco (maestro Luna).
El niño judío (maestro Luna).
Juanito y su novia (maestro Luna).
Muñecos de trapo (maestro Luna).
Pancho Virondo (maestro Luna).
La garduña (maestros Soutullo y Vert).
Guitarras y bandurrias (maestros Soutullo y Vert).
Las aventuras de Colón (maestros Soutullo y Vert).
La guillotina (maestros Soutullo y Vert).
La luz de Bengala (maestro Guerrero).
Por una mujer (maestro Lambert).
Las mujeres son así (maestro Luna).
El viajante en cueros (maestro Rosillo).
El antojo (maestro Luna).
El ceñidor de Diana (maestro Alonso).
Las campanas de la gloria (maestro Rosillo).
Los pelaos (maestro Morató).
La sal por arrobas (maestros Luna y Guerrero).

ZARZUELAS EN TRES ACTOS

La mulata (maestros Valverde, Lleó y Calleja).
La marcha real (maestros Vives y Jiménez).
El quinto pelao (maestro Lleó).
Los viajes de Gulliver (maestros Vives y Jiménez).
Salambó (maestro Luna).
El beso de la gitana (maestro Parera).
Benamor (maestro Luna).

La moza de campanillas (maestro Luna).
Rosa de fuego (maestro Luna).

COMEDIAS DE MAGIA

La gallina de los huevos de oro (dos actos).
El velón de Lucena (cuatro actos).
El cerdo de Avilés (tres actos).

JUGUETES COMICOS EN UN ACTO

Alta mar.
El aire.

JUGUETES COMICOS Y COMEDIAS EN DOS ACTOS

El paraíso.
La mar salada.
Mi querido Pepe.
La gentil Mariana.
El pobre Rico.
La bendición de Dios.

JUGUETES COMICOS Y COMEDIAS EN TRES ACTOS

El gran tacaño.
Los perros de presa.
Genio y figura.
La alegría de vivir.
La divina providencia.
Pasta flora.
El orgullo de Albacete.
El infierno.
El cabeza de familia.
La piqueta.
El tren rápido.
El río de oro.
El viaje del rey.
Nieves de la Sierra.
El rey del tabaco.
Los cien mil hijos de San Luis.
El padre de la patria.
Los baños de sol.
¡Tío de mi vida!
Melchor, Gaspar y Baltasar.

Bataclán.
Nuestra novia.
Mimosa.
Mi marido se aburre.
El burlador de Medina.
Las mujeres de Zorrilla.
Su desconsolada esposa.
El talento de mi mujer.
La caída de ojos.
La pura verdad.
Mujercita mía.
Los autores de mis días.
Soltero y solo en la vida.
¡Qué hombre tan simpático!
¡Qué encanto de mujer!
El anticuario de Antón Martín.
Los celos me están matando.
El paseo de Rosales.
Mi casa.
Se ondulan señoras.
Suéltate el pelo, Rosario.
La chica del conjunto.
¡Tú serás mío!
La casa de los Pingos.
La atropellaplatos.
De la Habana ha venido un barco.
Noche de cabaret.
Sixto Sexto.
Qué da usted por el conde.
¡Contente, Clemente!
La mar y sus peces.
El chófer.
El tonto más tonto de todos los tontos.
Tómame en serio.
Doña Herodes.
Di que eres tú.
Las víctimas de Chevalier.

Precio: 3,50 ptas.